

LA REGION EN CUBA.

*UN ENSAYO DE  
INTERPRETACION  
HISTORIOGRAFICA.*

## I N D I C E

- 1.- La región en su perspectiva histórica.....pp. 3 a 17
  
- 2.- Historia e Historiografía Regional y Local  
en América Latina..... 18 a 31
- 3.- Retos de la Nueva Historiografía Regional y  
Local en América Latina..... 32 a 47
- 4.- Itinerario de la Historiografía Regional y  
Local en Cuba..... 48 a 84
- 5.- Problemática de la historia regional y local  
cubana..... 85 a 109
- 6.- Una propuesta general para la comprensión de  
la formación general cubana..... 110 a 128
- 7.- Fuentes utilizadas..... 129 a 136

## 1.- LA REGION EN SU PERSPECTIVA HISTORICA.

### - La aldea global: el mundo y sus partes.

El fin del segundo milenio de nuestra era ha traído una serie de transformaciones a escala mundial signadas por la -característica del régimen capitalista-, que en las condiciones contemporáneas toma el calificativo de neoliberal. Es una peculiaridad de un proceso que de una u otra forma se manifiesta a través de todo el mundo, incluso en los lugares aparentemente más alejados de sus presupuestos.

La globalización neoliberal tiene entonces un radio de acción que solo unas décadas antes hubiese sido puramente inimaginable. La sociedad capitalista, que se suponía moribunda, ha dado muestras de su capacidad de recuperación. El problema, desde luego, es el costo social de los éxitos de ese sistema, cada día más cuestionados por jóvenes de gobierno e importantes personalidades sociales, quienes se han convertido en portavoces o exponentes del movimiento. Esas críticas se magnifican, por razones obvias, en el Sur subdesarrollado y dentro de la jerarquía y de los líderes de diversas confesiones en todo el orbe, quien parte, entre otros, de serios cuestionamientos éticos al fenómeno global. Incluso los artífices de la destrucción del socialismo en Europa del Este y abanderados de la reconstrucción del capitalismo en estos países han levantado sus voces de protesta. Recientemente Václav Havel, presidente de la República, en su discurso por el nuevo año 2000, ha "descubierto" que "la globalización informática y empresarial no está acompañada de la necesaria responsabilidad global". Creo que no es difícil concordar con Havel si esta responsabilidad va acompañada de calificativos adecuados.

La actuación del gran capital hace de las naciones y de los Estados Nacionales uno de los centros de sus ataques para demostrar su obsolescencia en los países del mundo subdesarrollado, a la vez que se propone respaldar tales puntos

los ejemplos de integración supranacional de la Unión Europea y otros del mundo subdesarrollado muchísimo menor. El capitalismo creó las naciones modernas, había sido un celoso defensor de los límites nacionales y coloniales de la organización de los diferentes sistemas imperiales europeos y a partir de los procesos de descolonización de mediados del siglo XX había convalidado divisiones absurdas y líneas imaginarias bajo el principio establecido de la inviolabilidad de las fronteras heredadas, amparadas en la práctica del **uti possidetis** o de convalidación de realidades limítrofes y fronteras heredadas.

En este fin de milenio todo ha cambiado, las naciones y los límites estatales no hacen sino entorpecer el libre comercio del megacapital. Los estados y sus respectivos aparatos son ridiculizados de forma continua y presentados diariamente como anacrónico, fuera de la postmodernidad. De forma paralela las culturas nacionales, producto de largos y lentos procesos, han recibido una embestida destructora en aras de una cultura "mundial" signada por la difusión masiva de una cultura irresponsable y cibernética, cuyos resultados son visibles por doquier, so pretexto de realidades "postmodernas". En esta aparentemente contradictoria y paralela se subraya los casos más particulares de la cultura, es decir, los situados a nivel nacional, y cuanto más particulares y fragmentados sean, mejor, como exponentes de una diversidad cultural. El neoliberalismo se encarga de desdecir día a día. En tales pretensiones juegan un papel primordial las culturas regionales y cuantas otras sean exponentes de los nuevos tiempos y de la dispersión. No es precisamente la aldea mundial otra cosa, **más** la expansión de esa otra "cultura" globalizante y cibernética a la que acabo de referirme.

El capital ha proclamado desembozadamente, ahora más que nunca, su derecho a obtener la mayor cuota de mercado en **cualquier lugar del mundo**. Por ello las regiones, hasta entonces apenas consideradas como entes autónomos, son juzgadas en relación con su utilidad para lograr una mayor operatividad y beneficio de esas megaempresas, omnipresentes y omniscientes.

Eso es lo que explica el interés que han puesto muchos de los principales medios de comunicación de los países occidentales en el plano regional. Ya no se trata, como hace medio milenio, de descubrir y describir nuevas tierras y vías de comunicación, sino que se trata es de subrayar lo peculiar regional, sus potencialidades, los atractivos que presenta para el capital... y de signo neoliberal.

La ofensiva anti-estatal y anti-nacional arrecia continuamente. No hay más que seguir medianamente las informaciones

para poder observar que los brotes de separatismo regional, exacerbados por seculares o ancestrales problemas étnicos y religiosos, se presentan en casi todo el este europeo bajo el ropaje de insatisfechas reivindicaciones políticas, archipiélagos indonesio y filipino con ribetes confesionales, en los países ribereños y vecinos a los Grandes Lagos pretextos-realidades étnicas, en el Asia Central a la sombra del fundamentalismo islámico. Mucho más calladas y contramedidas oportunas los regionalismos históricos de Europa Occidental se canalizaron, antes de que explotasen las autonomías españolas, la descentralización económica y administrativa en Gran Bretaña, la extensión del *Länder* en Alemania, aunque amenazan periódicamente en el norte y sur italianos, en la Córcega francesa, en la española, en la Valonia belga. En cualquier caso, el Tratado de Maastricht conjugaba previsoramente la construcción de Europa Occidental supranacional con la consideración de la región como motor esencial de dicha Comunidad.

Existe una especie de ofensiva bibliográfica y hemerográfica occidental, sobre todo la segunda, que destaca la región desde diversos puntos de vista, más allá de la curiosidad de los modernos Livingstones del siglo XX a que nos acostumbraron National Geographic. Hoy en día esta publicación ha sido sobrepasada, en cuanto al interés por las regiones se refiere, por Foreign Affairs que se desenvuelven con preferencia en la esfera de la política, como la francesa Le Monde Diplomatique y la alemana Foreign Affairs. Un artículo de esta última, aparecido en la primavera de 1994 y firmado por el politólogo Kenichi Ohno, relata un aleccionador combate verbal entre fronterólogos venezolanos y colombianos a raíz de la propuesta de Omar Rangel sobre la factibilidad del surgimiento del estado-región en las difíciles fronteras internacionales.

A este nivel del asunto estamos hablando, tanto de la posibilidad de desmembramiento de los estados-nacionales como del mundo eufemísticamente llamado en vías de desarrollo, como del cuestionamiento de las fronteras heredadas de las divisiones del colonialismo moderno, que al menos mantienen un **status quo** que obstaculiza, aunque no siempre impide, las fracturas de los tiempos actuales.

Otro aspecto a considerar en estos problemas es el de la actitud tomada por los gobiernos del Sur y sobre todo los latinoamericanos adscritos a la democracia representativa, que han hecho de sus países respectivos campos de acción de medidas administrativas descentralizadoras y económicas que por lo general no se corresponden con la tradición centralista

la Colonia como tampoco con una cultura política al respecto. Esa descentralización regional, en principio necesaria, muchas veces ha sido mal utilizada y peor concebida, en lo que está presente por lo general el problema de la corrupción transferida a los anexos, ahora transferida a las instancias regionales y locales. De aquí que los justos y ya ancestrales reclamos de autonomía sean comúnmente desvirtuados y manipulados. Paso entonces a realizar un balance muy general del problema en sí.

- El descubrimiento de la región por las Ciencias Sociales.

La expansión del capitalismo europeo en las últimas cinco centurias puso en contacto a los habitantes de ese continente con una realidad mucho mayores en relación con el suyo y con una diversidad regional y natural que propició invariablemente una admiración, cartas, relaciones, informes, libros, que mostraban la estupefacción ante lo que veían en esa rica y diversa realidad.

Los españoles, quienes se apropiaron de la mayor parte del Nuevo Mundo en los primeros siglos coloniales, se desorientaron ante una variedad regional apenas comparable con la de su Península. A los portugueses, aún más constreñidos a un patrón de expansión, resulta asombroso lo que están viendo en sus establecimientos periféricos en Africa, Asia y Oceanía. Tanto o más desconcertados sentirán de la diversidad del Nuevo Mundo brasileño, incluso hoy con reductos aún inexplorados.

Holandeses, franceses, ingleses y hasta suecos, alemanes, italianos, belgas y daneses después se sumarán a la búsqueda de la diversidad inimaginada, a describirla y a apropiársela. En aquellos y en estos está el origen de la ciencia moderna y del desarrollo del capitalismo y para satisfacer la sed de conocimientos del hombre.

En la América Española los primeros conquistadores, colonizadores y funcionarios civiles y militares, los hombres de la época se ven abrumados ante la tarea a que se enfrentan. Esta última, fiel aliada del Estado monárquico a través del Poder Real, busca innúmeras vías de actuación, para lo cual el multilinguismo y la diversidad cultural de los indígenas, a lo que se suma la vez más creciente criollaje, es un gran obstáculo a salvar. Virreinos, Audiencias, Capitanías Generales, Obispos, Obispos, Arzobispos y Ordenes religiosas, serán incapaces de cumplir tan bien sus roles como los cabildos municipales, curas de parroquia y doctrineros.

Sin embargo, entre los primeros y estos últimos se yergue todo el recelo que provocan las fuerzas centrífugas regionales.

tipo, celosas de su autonomía, cuando no fomentadoras periódicas de rebeliones y conspiraciones.

Así que el interés de aquellos intelectuales preocupados por las nacientes Ciencias del Hombre encontró un caudal también diverso. La aún balbuceante Geografía, auxiliar inapreciable de los descubrimientos de nuevas tierras y de imperios imprescindibles, pasó después a describir la penetración hacia el interior de los continentes descubiertos. Pueblos, religiones, regiones, villas y ciudades insospechadas, necesitaron de atención específica. Por su parte la Historia trató de interpretarlos, recurriendo a los viejos códices, las leyendas inmemoriales, a los restos materiales husmeados por los flamantes "arqueólogos". No era entonces raro encontrar en estos primeros siglos y entre los sustentos de las interpretaciones a un intelectual de la talla de Jean Bodin, junto a un sicólogo y médico como Juan Huarte o a un geógrafo como Giovanni Botero.

Otras Ciencias Sociales en ciernes seguirían sus pasos, pero no es hasta el siglo XIX, con el nuevo aliento que le da el capitalismo la Revolución Industrial, y con mayor énfasis en el siglo XX monopolista, que estas y otras ciencias se desarrollan extraordinariamente. Es entonces la época de la Etnografía y con posterioridad de la Etnología, de la Arqueología y de la Geografía que de forma paulatina se ven inmersas en la problemática regional y local.

La Historia, con una tradición milenaria y de manos con la Geografía moderna, refuerza su interés por la región y por la historia local. La historiografía romántica del ochocientos, que no hizo de la región objeto preferente de su estudio, aportó sin embargo en su última el interés por sus personalidades, aunque no con tanta fuerza como las subrayó en el plano nacional. No obstante de la idealización del Medioevo, sin quererlo, también destacaba a la región, aunque dentro esta de una praxis feudal.

A fines de esa centuria y principios de la del XX sobre todo, la historiografía positivista presenta el espacio como un elemento apriorístico, a la manera kantiana que, al entrar en contacto con los diversos grupos humanos, da origen a nuevas ideas subvalorando el papel del medio sobre el hombre. Ello daría pie a la exageración del papel del Estado -en rigor de los que integran la élite- en la conformación de las regiones y de las naciones. Y de estos, el estado capitalista le da a su concepto un lugar exclusivo, tradición historiográfica que ha pervivido hasta nuestros días.

A Paul Vidal de La Blache, geógrafo e historiador francés de inicios del siglo XX, le corresponde el mérito de haber

sobrepasado estas limitaciones positivistas al balancear la relación naturaleza-hombre en el caso de la región. Su límite en la subvaloración que realiza de las relaciones socio-políticas, elemento imprescindible para el análisis del problema, hace que esta última preciosa para la intelectualidad de la transición del siglo XIX al XX.

La Escuela de los Annales, que recorre la mayor parte del siglo que concluye, se lleva las palmas en el trabajo regional. Una de las preocupaciones esenciales de los "annalistas", aunque para algunos estos establecen una cierta exageración del espacio y de los elementos del paisaje. De cualquier manera sus presupuestos revolucionaron la historiografía regional, en un Continente como el nuestro, ávido siempre de situarse cerca de los últimos avances científicos desarrollados.

El marxismo, apenas mencionado como elemento genético del trabajo regional contemporáneo, ha aportado un aporte definitorio para el maremagnum de opciones que supone este tipo de estudio: el análisis de las estructuras económicas. Es difícil concordar que, subráyense o no estas, de todas maneras es incuestionable que debe incluirse de forma no exclusiva, en el laboreo regional y local.

Más allá de estos -y otros- sistemas sociológicos y científicos que gravitan sobre el trabajo regional, estos últimos han aportado a éste una verdadera renovación no siempre comprendida en sus justas proporciones, fenómeno reconocido en el intento de llevar a un demencial e intelectualizado "fin de la Historia". Esta renovación puso en tela de juicio, en la propia historia regional y local. De aquí que entrase en cuestionamiento la "larga duración", tan cercana a la historia del historiador, e incluso la historia del tiempo corto se reducía a sus límites últimos. Se dejó de lado la interdisciplinación, las nuevas metodologías hacían gala de un exclusivismo preocupante. La lupa, mejor aún el microscopio, sustituyeron a las grandes interpretaciones historiográficas se desecharon, se volvió a la Historia Política de la misma manera que se rechazaron en la práctica sus relaciones con el positivismo visceral. La biografía adquirió un carácter insostenible, un aliento romántico vergonzante. Viejas propuestas como el estudio de las mentalidades, de la vida cotidiana, de la historia intelectual e incluso de las historias de vida, se pretendieron pasar por novísimas corrientes historiográficas. Se reconocen en estas una importante renovación. Las historias de familias y hasta las execradas genealogías fueron

nuevo a filas, transformadas en sus objetivos y fines últimos.

Apareció o se reforzó el estudio de las mujeres, de la vida íntima, de los grupos sociales marginados. Prostitutas, trabajadores de los servicios peor remunerados, deportistas, entraron en la consideración definitiva o al menos dentro de la atención del historiador. Se hurgó en los aspectos más escabrosos y ocultos del fascio, del nacional-socialismo tipo Vichy o Quisling y hasta se abundó en los crímenes y fechorías más horrendos de la expansión de Asia durante las décadas de 1930 y 1940, abriendo paso a toda una era de disculpas brindadas a los pueblos agredidos por gobiernos herederos de esos desmanes. La derecha, al fin, volvió a contar con sesudos trabajos, eso sí, no importa cuáles ópticas. En suma, se produjo lo que François Dosse llamó "el desafío revisionista", a la vez que otros lo llamaron "fragmentación" de la historiografía. Y para colmo el corrosivo editorial de la revista Annales de marzo-abril de 1981 dio lugar a dudas de lo que ocurriría a todos aquellos que nos dedicamos al serio **métier** del historiador, para utilizar la expresión ocupacional de François Furet. Por suerte, los Annales se recuperaron con posterioridad a esta coyuntura "évolucionista" y también para utilizar una de sus categorías clásicas.

La historiografía regional y local también navegó en medio de esas tempestades "postmos". Si no naufragó entonces se inclinó a las "necesidades regionales" de la globalización neoliberal y al prestigio que temporalmente le cedió la microhistoria por rigor más por confusión que por fusión. Los historiadores italianos arrasaron generalmente con el favor de la época, comparó a esta corriente con una suerte de microbiología, a través de la cual, según Natalie Zemon Davis, era posible estudiar las pequeñas y a menudo invisibles interacciones y estructuras.

El Queso y los gusanos (1981), de Carlo Guinzburg, se propuso de forma muy consecuente, como el subtítulo de la obra anunciaba, brindar una imagen nada más y nada menos que del cosmos a través de un molinero del siglo XV. Fue una decisión decisiva, desde luego, de ese investigador italiano. Faltaban no obstante, ciertas "coordenadas" estructurantes que faltaban en esta por otro lado excelente obra.

A la vez la Nueva Historia Social hacía de la localidad y de la región uno de sus baluartes preferidos, rechazando las supuestas "historias nacionales". La Historia Económica consentía en bajar de sus grandes pedestales tecnocráticos

empresas locales, donde se conjuga el puro análisis económico con aquellos referentes a la administración y funciones. Se imprimen los hombres **in situ**. Se investiga en el entorno ecológico regional y local, dentro o fuera de lo que se ha llamado la Ecohistoria, preocupación tan cara al hombre y su futuro. Incluso la Historia Política expandía sus preocupaciones a los teóricos como Michel Foucault. Esa vertiente se interesaba, según Peter Burkert, en el estudio de la batalla por el poder micro: fábricas, escuelas, familias, es decir, en el marco comunitario y local.

Afortunadamente las aguas vuelven a tomar su nivel. La revisión iconoclasta y la fragmentación airada han dejado lo mejor de sus propósitos. Los anteriores paradigmas, de los que se arma la historiografía regional y local, han sido despojados muchas veces del dogma, del esquema y de las visiones simplistas, bicolores, del proceso histórico.

A nivel mundial, sin embargo, no tan bien tratadas resultaron las llamadas historias locales (ni mucho menos la relación que existe entre estas y las regiones que las albergan), aunque sí lo fueron por la historiografía urbana de los países europeos y los Estados Unidos. En estos países creció una poderosa Nueva Historia Urbana desde las décadas de 1960 que considera a las ciudades como sistemas en sí mismos, y cuyas características brindarían un tipo de historia que cubre múltiples facetas de la vida humana en estas. Lo que ha permitido que allí algunos historiadores traten de cubrir lo que plantea escribir una "historia total" a través del hecho histórico urbano. Para ello se parte del presupuesto de que agrupa a todas las preguntas que plantea la evolución del sistema de la civilización pues se le considera "conservatorio temporal", una especie de microcosmos, que debe satisfacer las preguntas del historiador.

Desde luego, la historia urbana es un fin en sí mismo y no sólo un medio. La totalidad es deseable, pero difícilmente. Pero estos historiadores han hecho converger tanto el anterior análisis estructural -con menor dosis de ecumenismo- como la atención a una historia individualizada, de los grupos y sectores más diversos que la componen, atenta a la red de identidades creadas históricamente. Y esto está a su favor. Son los casos, por ejemplo, del vasto movimiento de la historia desatado de forma inicial en Gran Bretaña y sus Dominios por H. G. Dyos y sus seguidores; el del impacto de la historia del trabajo divulgadora de Jacob Price en los Estados Unidos; el de las series de Historias de Ciudades en Francia.

También se estudian las ciudades como centros de poder de la burguesía, desarrolladas y concebidas ha

consecuencias para aplastar la conciencia ciudadana y sus manifestaciones, a la manera que lo realizan el antes Foucault y sus seguidores. Para los historiadores urbanos que siguen esta línea, la función ancestral de la ciudad es "disciplinar" a las clases dominadas. Los extremos de la aplicación de sus tesis llegan hasta algunos que pretenden la extensión del alumbrado público o la simple enumeración de casas, apartamentos y edificios con esos objetivos normativizantes. Claro está, no se puede negar parte de razón en ello. Hasta el célebre arquitecto y urbanista Le Corbusier ha opinado. Para él las grandes ciudades son en realidad "puestos de mando" ... de la burguesía.

La Revolución Industrial, tradicionalmente manejada como sustentadora del desarrollo urbano, es también puesta en juicio, ¿ por qué no ? . Hasta entonces se ha hecho énfasis en la relación urbanización-industrialización, lo cual es lógico. Pero el mundo no es solo Europa, desde luego, ni el Viejo Continente es solo producción de bienes materiales. Los propios británicos quienes amplían esa relación muy tempranamente, en los sesenta, al añadir a la relación tecnológica las variables de medio ambiente y valores, elementos estos dos últimos que agitan las conciencias de la gente extendiéndose como una gigantesca ola.

Otros, como algunos autores franceses, se cuestionan el hasta entonces consagrado binomio instituido por aquella de sinonimia ni mucho menos de identificación entre el desarrollo de la urbe y el de sus industrias. Incluso algunos argumentan que en esa relación es posible observar un determinado grado de asimetría. Jan de Vries, recogiendo el sentir, hace una propuesta equilibradora: considerar junto a la propuesta de análisis urbano estructural, la de análisis cultural, estas dos últimas como variables autónomas del proceso general de urbanización. Emile Durkheim que se le da la cabeza a partir de entonces.

Un tercer grupo llega a límites extremos. Entre estos es posible singularizar a varios historiadores norteamericanos. Para ellos la ciudad no es un producto ni de la industrialización propiamente dicha ni de las decisiones de la política urbana. Para Lewis Mumford la ciudad es el resultado de la aparición de espacios socioculturales netamente urbanos, que van desde los apartamentos y la prensa hasta el parque de béisbol y el teatro de vodevil.

Se trata de la perspectiva de lo que se denomina como "vida interior" de la urbe. De esta manera queda abierto tan

al estudio del hecho urbano a través de sus artistas, deportistas, prostitutas, inmigrantes, delincuentes, personas del ámbito doméstico, etc., de sus formas de hacer y de decir. No se habla ahora de instituciones desviantes, de lumpenproletariado, de clases sociales, de bajos fondos. Todos sus habitantes encuentran un lugar bajo la lupa del historiador, no importa mayor o menor sean las preferencias y filiaciones de este. Pero sistema urbano y región no encuentran igual receptividad para su estudio en Europa y los Estados Unidos. Por sus condiciones, América Latina es un caso muy interesante de análisis en cuanto a lo que viene tratando.

## 2.- HISTORIA E HISTORIOGRAFIA REGIONAL Y LOCAL EN AMERICA LATINA.

En un continente con una diversidad regional tan marcada, la Historia de la América Latina es la de sus regiones. Es el que insiste una y otra vez el historiador sueco Magnus Mörner, probablemente maravillado de lo mismo que los europeos unos cinco siglos antes que él.

Los españoles, asentados rápidamente en las cabezas de los grandes imperios indígenas y en otros territorios con un grado de desarrollo socio-cultural aborigen, se aprovecharon de los patrones regionales de poblamiento, de las estructuras preexistentes de sus realidades socio-económicas, culturales, de la organización conferida al espacio regional, de la que estaba establecida previamente entre el hombre y tan variada geografía.

Es cierto que los peninsulares introdujeron sus propias realidades y patrones organizativos, pero también que es difícil por ser amoldados a los del mundo indígena. No obstante, entre unos y otros una cosa fue Madrid, Tenochtitlán y Sevilla, Tlaxcala y Huamanga. Hubo desplazamiento, fusión, exclusión parcial en toda la América Nuestra, compuesta por las Antillas, en las que, por cierto, el bajo nivel de desarrollo cultural y una población más rala, ubicada en espacios relativamente pequeños o medianos, prolongó su existencia más tiempo del que se supone.

Una objeción a esta tesis del amoldamiento de los conquistadores a los conquistados pretendió establecerse

virreinato del Perú donde el Cuzco no fue centro de la actividad colonial hispana. Se olvidaba, como recordó no sino un literato, José María Arguedas, que los flamantes colonizadores habían adoptado como táctica establecerse regionales de las federaciones o de los reinos preincaicos que los conquistadores cuzqueños habían sometido antes los europeos.

En cualquier caso, a la necesidad de establecerse en los centros radiales de grandes masas indígenas factibles de su unía la realidad de aquel puñado de españoles en medio de millones de indígenas, a los cuales no podían imponer absoluta conocimientos y experiencias generados dentro de una tradición medieval y al fragor de la Guerra de R vieja táctica de divide y vencerás se cumplió una vez más en el nivel étnico-cultural, pero también en el regional por la historiografía tradicional.

La polémica desatada en el siglo XVI y prolongada con otros ropajes y afeites hasta el fin de la dominación centros iniciales son Las Casas y Ginés de Sepúlveda, toma al ámbito regional para glorificar o execrar el papel de condiciones físicas y climáticas en las mutaciones que reciben estos primeros colonizadores y concretamente criollos. Según el punto de vista que se asuma podremos imaginar lo que restaría para los criollos descendientes africanos y del variado mestizaje.

"Cualidades" e "inclinaciones de los cuerpos" resultantes de esa relación, con las peculiaridades regionales desarrollaban cada uno de estos grupos, daban motivo a los lascasianos para argumentar la humanidad del indígena y para augurar un futuro promisorio a los "indianos" y sus descendientes. Para otros, los justificadores de desmedida de las colonias, esas peculiaridades llevaban no ya a una simple "mudanza" síquica y física sino a una

Estos últimos se preguntaban qué pasaría con sus compatriotas y sus descendientes si los indígenas de las regiones peruanas o del valle central azteca habían "perdido" sus barbas y los habitantes de las regiones costeras estaban "trastornados" por el sol. La respuesta, siempre a la mano, es que una continua inmigración regeneradora resolvería los problemas. Lo que no se afirmaba es que de la misma manera la dominación colonial se prolongaría, con la Iglesia, **secula seculorum**.

Los autores criollos y algunos europeos acriollados, pero sobre todo los primeros, contrataron con toda su fuerza regional se convirtió en el baluarte del criollaje dominante, más aún en los cabildos "interioranos", los no capitalinos. Los élites podían manejar casi a su antojo la **res publica**, al menos hasta inicios del siglo XVIII. Se imponía glorificar a América y a sus gentes, especificar sus excelencias y potencialidades, subrayar la magnificencia de sus regiones y realizar comparaciones con Europa favorables a los criollos.

Los autores americanos convirtieron su espacio y medio en prototipo de todas las perfecciones, incluyendo al franciscano criollo-peruano Buenaventura de Salinas se atrevió a proponer en el siglo XVII que los criollos de América superaran a Europa con sus virtudes y sapiencias. Otro autor se atreve a ubicar el Paraíso Terrenal en las faldas de la cordillera de los Andes!, lo que por otro lado no es extraño si se considera que aún hoy en día Venezuela es llamada con ese nombre. En hablando de divinidades, una crónica potosina de los inicios tempranos del siglo XVIII echó mano a los recursos de la naturaleza, supuestamente había dotado a América para sobrepotenciar las cualidades de su ciudad, no obstante lo agreste de sus montañas, aspereza de su clima, la laxitud moral de sus argentíferos habitantes y el pecado en que vivían, según se decía en la época.

En rigor estas comparaciones casi siempre estuvieron referidas a las regiones capitales y a su ciudad principal. México, Santiago de Chile, Ciudad Guatemala, son presentadas "para que de ahí se haga juicio de las demás ciudades". En mediados del siglo XVII el jesuita criollo chileno Alonso de Ovalle a propósito de Santiago. A lo sumo la mayoría de las laudatorias llegaban de forma más menguada a las ciudades cercanas a las grandes capitales virreinales. Ciudad de Lima eran presentadas como el **non plus ultra** de la civilización criolla, cunas del barroquismo americano. Eso sí, no se debe olvidar ocasionales a los innegables aportes que a esta corriente hicieron los artistas y constructores del Cuzco, Quito, de América novohispanas, del Potosí minero y de Lima, cuyo radio de acción comprendía durante más de dos siglos toda la América española excepto la costa venezolana, fue presentada como el **summum** de la civilización colonial, parangonada con las grandes y ricas urbes europeas. Aquí se ubica el origen más remoto del "limeñismo narcisista" -feliz expresado por Bernard Lavallé- que llevó, exasperado, a que Augusto Salazar Bondy escribiese su Lima, la horrible.

Las reformas del Despotismo Ilustrado, iniciadas con más fuerza de lo que se supone bajo el largo reinado

significaron la pérdida del poder regional de los cabildos, cercenándoseles sus facultades en cuanto a la tierra y límites más de la libre disposición de la fuerza de trabajo indígena. Nuevos impuestos, controles y funcionarios corrieron reemprendida con renovado vigor bajo Carlos III.

Estas mismas reformas, dirigidas en el ámbito americano a lograr una mejor explotación de las colonias, favorecieron el interés por la historia de las regiones más alejadas de los centros de los viejos centros de poder y de los que habrían de ser los dos nuevos virreinos del Río de la Plata y Nueva Granada y el incremento del sistema de Intendencia. A principios del setecientos, periódicos como el Mercurio Peruano y el Semanario del Nuevo Reino de Granada reclamaban con insistencia que se publicaran decenas de descripciones de ciudades y regiones de la vasta geografía americana. Aparecían los seguros de la historia tras la experiencia generada al calor del debate lascasiano y la posterior pugna ibero-criolla, de una historiografía regional extracapitalina.

Alejandro de Humboldt, científico y viajero de renombre, tomó nota cuidadosa de esa rica diversidad regional tan desconocida por la monarquía ibérica. Presentó los límites a que se había llegado, denunció sus lacras más ofensivas. Los independentistas estaban a las puertas.

Ahora bien, el estudio de estos procesos ha marginado un elemento precioso para su análisis, el de las regiones. Analizar las historias nacionales al calor de las grandes personalidades y de las capitales coloniales es un error garrafal, una concepción historiográfica previa que aún padecemos.

La historiografía regional y local no pudo menos que replegarse ante la ofensiva del respaldo que nuestros intelectuales del XIX y de buena parte del XX prestaron a los llamados Proyectos Nacionales, concebidos y puestos en práctica desde la independencia de los nacientes estados latinoamericanos y también antiguos centros del poder metropolitano.

No es un secreto para nadie que la colonia sobrevivió en la república tanto en América Continental como en Cuba hasta más tardíamente su independencia. Puerto Rico pasó sencillamente de un status colonial al otro. Esto quiere decir que los estados emergentes se abocaron a proyectos de construcción de sus respectivos estados-naciones sobre las estructuras heredadas. De aquí que el predominio de las grandes capitales virreinales y de las capitanías generales transitará

época histórica con visos de normalidad.

Las oligarquías gobernantes, hoy llamadas elegantemente como élites, prolongaron así su existencia, manejando al pueblo en función de sus intereses. Los antiguos cabildos, ahora convertidos en flamantes ayuntamientos, a su vez descendientes seculares de los conquistadores y "beneméritos". Cambiaban los ciclos productivos pero la tierra, los negros, los "blancos de orilla" y sus mestizos, más algún que otro inmigrante de "razas inferiores", seguían siendo esas oligarquías cuya sangre se revitalizaba de forma periódica con el arribo de inmigrantes europeos, los que desde luego.

La situación, salvo excepciones muy contadas y temporales, se mantuvo igual, excepto que la fragmentación política opusieron los libertadores, consolidó el papel de nuevas capitales estatales. En el interín, la vida regional se experimentó en los últimos grandes bríos por el brazo y la palabra de los caudillos. De estos triunfaron finalmente los que tenían la habilidad para poder penetrar la compleja y secular madeja de intereses de los grupos de poder capitalinos. Por las guerras civiles azotaron y debilitaron a estos estados pero sobre todo a las regiones que los componían.

Las historiografías nacionales, como antes se ha dicho, convalidaron esas propuestas de "naciones" que en los estados surgidos al calor de algunas de las antiguas divisiones político-administrativas coloniales. La nación, aunque debía construirse o terminar de construirse. Los límites estatales establecidos y por establecer hicieron caso omiso de las preexistentes, en particular las de los pueblos-naciones indígenas. La situación real no podía ser más complicada. La cultura ancestral, como el de los mayas, por ejemplo, quedó dividido entre los nuevos estados de México, Guatemala y Belice.

El ideal de nación requería de nuevos mitos que se hallaron en los procesos independentistas y sus adalides, olvidando el ideal de unión de los grandes fundadores. Aquí fue donde entró a jugar su papel la historiografía romántica, desplazada sucesivamente por la liberal y después por la positivista.

El repliegue de la historiografía regional y local en sí misma se constituyó en hecho consumado y justificado, como resultado de las embestidas capitalinas. La región vio cada vez más cercenada su personalidad. Los proyectos centralistas

medraron a costas de estas, verdaderos esqueletos del cuerpo nacional, cuerpo que es el que se exigía a todos. Por con renovado vigor, la defensa de los intereses regionales no tanto contra el extranjero usurpador como contra la extorsionadora.

La historiografía regional y local añadió a los elementos eruditos que casi siempre la acompañaron los presupuestos de la historiografía romántica, liberal y positivista, que tan bien sustentaban la construcción historiográfica de "naciones" cuajadas, sólo existentes en las mentes de sus progenitores. Salvo contadísimas excepciones que no hacen sino confirmar esta historiografía regional mantendría dichos cauces durante todo el siglo XIX e incluso, la de sus epígonos en la inauguración de este nuevo milenio.

Esta hace de la figura del gobernante europeo primero y de las autoridades regionales de los nuevos estados después el director y ejecutor del desarrollo. Toma de la figura del héroe romántico los elementos necesarios para construir el personaje que liderea a los grupos de poder regional y local en "bien" de la comunidad. Bolívar, O'Higgins, San Martín, Martí y otros próceres son los modelos, pero solo en mármol, a través de los cuales se arman los personajes ejecutores del progreso, noción tan cara a toda esta historiografía "nacional" o regional, avalada todavía más por el positivismo.

La ciudad cabecera de la región es glorificada a límites extremos, como antes lo fueron Lima, Río de Janeiro y Caracas. El trazado urbano, los servicios diversos de que disfruta, las construcciones civiles, religiosas y militares, la imprenta, los libros y revistas, los éxitos de sus hombres de letras, las vías de comunicación y en específico los ferrocarriles, son los agentes portadores de ese progreso. Producción y trabajadores son meras referencias. Las guerras independentistas y otras pocas son vistas como males necesarios e inevitables. Sublevaciones, conspiraciones y revoluciones se mencionan y aparecen y, cuando se les menciona es con dureza, en pocas líneas.

Para esta historiografía nada debe perturbar el anhelado progreso. Alguna que otra queja sobre la capital, pero nada. Sus cultores se refugian en la patria chica, sus bondades y excelencias. Ya ni siquiera la capital colonial es el enemigo, sino que se contraponer a la metrópoli. La capital republicana o monárquica americana es el enemigo en sí mismo, pero del que

ni se puede ni debe escribir, so pena de atentar contra la "unidad nacional". El resto de los estados en que se dividen las regiones y el mundo en general son meras referencias cuando no queda otra alternativa. La región y sus problemas se presentan como ejemplos de autarquía posible, siempre hacia adelante. Plagas, enfermedades, calamidades naturales, etc., se mencionan con mal gusto, simplemente para mencionar o para destacar los agentes del progreso que se les enfrentan. Tampoco es necesario tener en cuenta las regiones vecinas. Es como si la región estudiada fuese un ente extraterrestre, de una autarquía rampante.

El siglo XX, con aires historiográficos y científicos renovadores en general, apenas es notado. La literatura histórica local cada vez se enquistaba más. Médicos, abogados, periodistas, maestros y profesores, diletantes o no, son los protagonistas o cronistas o historiadores de la ciudad y su región. El oficio del historiador tardará muchos años en comenzar a honrar la conciencia de que se ha recubierto la historiografía regional. Los grandes sistemas sociológicos, excepto el positivista, las corrientes más atrasadas, son ignorados. Las escuelas historiográficas europeas, recepcionadas con entusiasmo en las capitales, pero con atraso, son desconocidas. Los pocos movimientos y tendencias autóctonas de ese orden generados en las capitales y en otra ciudad latinoamericana importante no hacen mella en el espeso urdimbre local.

Las Academias Nacionales de la Historia, que junto a las de las Letras se diseminan en un buen número de países latinoamericanos, establecen una especie de pacto de caballeros con los historiadores locales. Pocos Miembros Correspondientes, algún que otro augusto sillón capitalino son conferidos a las ciudades del "interior" para dar una imagen totalizadora de la historia muy bien aceptado por los historiadores de las regiones. Se impone otra especie de pacto, en este caso de silencio y de límites y atribuciones: unos construyen historia "nacional", otros hacen historia regional. Más adelante las Academias comienzan a penetrar en la vida regional, como concesión a una realidad que le es hasta cierto punto ajena, pero de la que no puede prescindir so pena de perder su pretendida representatividad nacional. Congresos y eventos nacionales de toda índole considerados desde ese momento miles y miles de ponencias y trabajos "interioranos" que no se pueden continuar negando pero que demuestran el resultado de una fragmentación siempre condenable por los viejos y nuevos detentadores de la historia, historiadores ancilares a su servicio.

Algunos grandes hechos históricos del siglo XX latinoamericano comienzan a hacer temblar esa construcción

secular, añeja y excluyente. La Revolución Mexicana demuestra que esta es un producto de sus regiones y no de la capital. Además, Ciudad México es el símbolo tomado por villistas y zapatistas y desdeñado inmediatamente, volviendo grupo a la ola de sublevaciones y revoluciones truncas que recorre América Latina a comienzos de la década de 1930 es signo del vigor contenido del "campo", del "interior", que no ha podido ser detenido con los titulados templos a la sabiduría capitalina de un tirano como el salvadoreño Maximiliano Hernández.

Son nuevos tiempos que sustentan acontecimientos historiográficos múltiples, representativos de una época que cambia rápidamente de lo que presuponen los cronistas, émulos de Clío, inmersos en la que el teatrólogo cubano Rine Leuchsenring municipal y espesa. Los nuevos acontecimientos recorren el Continente. Emilio Roig de Leuchsenring, en Cuba, premeditación los Congresos Nacionales de Historia a los más insospechados lugares del país. En la tierra azteca, la institución, el Colegio de México, formó algunos de los nuevos historiadores para quienes la región debía tener un discurso historiográfico verdaderamente nacional. En Argentina los congresos y eventos regionales de Historia a menudo sobrepasaron los objetivos de sus propios organizadores, académicos o no.

La II Guerra Mundial, mientras tanto, ponía sobre el tapete de nuevo el problema regional, entre tantos otros asuntos. Esta retomaba viejos pretextos regionales insatisfechos desde la primera conflagración. Tampoco los resolvió de forma definitiva fue muy aleccionadora su triste experiencia. Tras su conclusión se planteó para América Latina y el Caribe la necesidad de desarrollo y en esta las regiones tendrían que jugar su papel. Las maltratadas burguesías nacionales, a las cuales hasta ese apellido, vieron en las regiones, sobre todo en aquellas de las que se retiraba total o parcialmente el capital, fuentes de oportunidades que debían aprovecharse.

Para cumplir dichos objetivos las ciencias de la planificación recurrieron a las investigaciones regionales y locales como la más idónea para sustentar las propuestas del anhelado desarrollo económico-social. Quedaba claro que, desde este punto de vista, las capitales no podrían continuar concibiéndose como pivotes exclusivos y excluyentes de ese desarrollo. Organizaciones supranacionales, como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dirigieron sus pasos hacia el regionalismo como alternativa del buscado desarrollo. Por fin la discusión intelectual desarrollo-subdesarrollo consideraba la dimensión

toda propiedad.

En medio de estos nuevos aires renovadores ocurrió un acontecimiento editorial apenas perceptible de forma que el historiador de oficio, mexicano, Luis A. González y González, escribe otro de esos "libros sobre pueblos", que disfrutaba la gente pueblerina. Su título, aparentemente inofensivo, hacía prever nuevos senderos para un área de conocimiento que languidecía tras casi cuatro siglos de existencia. **Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia**, (1968) en su título dos palabras claves que, antes de abrir el libro, ponían a pensar. En vilo significa despierto, vitalidad, vigor, ganas de hacer. Lo de microhistoria implicaba que existía "otra" Historia, que se podía realizar en planos más recientes tan valederos como los de las demás áreas de la Ciencia Histórica.

El pueblito, ni siquiera una ciudad, aparecía como lo que era, un pequeñísimo microcosmos donde sus habitantes se divertían, hacían vida social e intelectual, murmuraban, vivían y morían con aspiraciones y anhelos como los seres mortales. Fiestas, creencias, comidas y bebidas se relacionaban armónicamente con pasiones y eventos de diferentes épocas. Además, San José de Gracia era algo más que esto, como conceptualizaría pocos años más tarde Don Luis, era la historia del entorno propio del pueblo, que a él se le antojaba a través de una imagen: toda el área que pudiese alcanzar a la mirada si nos situamos en el piso superior del campanario de la iglesia del pueblo.

Se podrá objetar que se trata de una imagen un tanto idílica, pero al menos esta es algo más precisa que la del difunto entonces y aún hoy en boga. No obstante, el Maestro mexicano ponía el dedo sobre la llaga de un asunto no resuelto por la historiografía regional y local precedente, el de la relación región-sistema urbano que años más tarde resultó un problema.

Todo cambió para la historiografía regional y local a partir de la década siguiente, la de los setenta. Las nuevas ideas de los historiadores formados en México y entre estos los que volvían a sus lugares de origen en el resto de América Latina aportaron novedosas ideas a sus países de origen, en lo que jugaron un importante papel los historiadores mexicanos y del extranjero del Colegio de México. Ahora sí, en la América Nuestra, el terreno estaba mejor abonado y preparado para la nutricia labor de los historiadores regionales y locales y para la recepción del abono de otras corrientes y escuelas historiográficas.

desarrollo.

### 3.- RETOS DE LA NUEVA HISTORIOGRAFIA REGIONAL Y LOCAL EN AMERICA LATINA.

En las tres últimas décadas del siglo XX, la Nueva Historiografía Regional y Local contemporánea en América Latina se ha caracterizado por una más completa definición y conciencia de la cuestión regional frente a la historia local tradicional, por dar atención particular a su objeto principal de estudio, o sea, a la definición conceptual de la región, y esto no ha sido ajeno a los antecedentes conceptuales de este asunto en disciplinas como la Arqueología, la Etnografía, la Etnología y la Geografía. La Planificación Regional, sirvieron de base para estas y otras determinaciones conceptuales y teóricas en la Historia Regional y Local. Pero también la dispersión de enfoques que trae cada una de éstas contribuyó a la confusión que devino con el tiempo en esta área de la Historia. A ello se añade la otra confusión que trae el manejo indiscriminado de la terminología en los medios masivos de comunicación.

Por otro lado, se han ido planteando otros problemas durante estos últimos treinta años. Uno de estos, el de la definición de la región, se confunde con las divisiones político-administrativas y lleva a un galimatías del que aún no se sale. En consecuencia, la necesaria remisión en la investigación a las fuentes vaciadas en esos moldes estatales en cualesquiera de sus instancias, ha agravado dicha confusión en los regionalistas menos experimentados y en aquellos con mayor tiempo en el oficio que han hechas pocas aportes a las nuevas corrientes y aportes en esta área de la Ciencia Histórica.

Otro problema relacionado con el asunto es el de los límites reales de la región en cualquier momento de su desarrollo. Hay una tendencia a inmovilizarlos en el tiempo y en el espacio, lo que denota la no comprensión de la dialéctica del proceso regional. El hombre ocupa aquella parte del espacio que necesita y no otra, en el momento en que quiere y puede realizarlo.

Algunos se empeñan en identificar la región con el capitalismo y sus variantes de esta parte del océano Atlántico y del continente en que están presentes desde este régimen hasta el de la comunidad primitiva. Se desconoce que

definición, surge antes que el capitalismo, aunque éste la impulse o retrase a límites extremos. La historia reciente en cuenta además el nuevo papel que le confiere a la región el capitalismo globalizante, como se ha dicho.

Se encuentra avanzado el estudio de los patrones económico-sociales que sustentan la vida regional. Se conoce la interrelación entre estos: esclavismo-capitalismo en el Gran Caribe, formas de carácter feudal-capitalista-esclavista en el continente firme continental. El problema radica en que hasta los regionalistas toman como pivote para sus investigaciones los patrones económico-sociales capitalinos predominantes, olvidándonos que estos están en la esencia de las interpretaciones "nacionales" de nuestros procesos históricos respectivos.

Tampoco se entiende bien el papel de los centros nodales en la conformación regional y mucho menos el del sistema de ciudades y poblados y, cuando se comprende, la ciudad queda reducida a un ente impersonal, de cabecera política y/o militar. Sobre esto volveré más adelante.

Estas y otras consideraciones pueden realizarse, agregándoseles que, pese a todo, se ha ido despejando el campo de la comprensión de la región. Un obstáculo grande a los éxitos relativos de esa comprensión se relaciona con la difusión de la tesis de Latina, a partir de 1987, de la tesis regional de Eric Van Young desde 1987 hasta los días que corren. Bien que se ha argumentado el trabajo del profesor norteamericano, el mismo ha reducido a las regiones a meras unidades de análisis impolutas, que no pueden estar más alejadas de la realidad de continentes como el nuestro.

El trabajo regional requiere, sí, de profundizar en la definición conceptual esencial que lo anima, pero se está perdiendo por el agotamiento de las variables a través de las cuales se le estudia. Se carece de nuevas perspectivas, del planteamiento de interrogantes agudos y de la revitalización del estudio de viejas dificultades para su avance. Una de estas es la de la concepción que los regionalistas han dejado en manos de los culturólogos, desdeñando su importancia para la determinación de la identidad regional y la de la propia globalidad del fenómeno regional.

Los viejos historiadores liberales y positivistas hicieron de la cultura y de la educación los pivotes fundamentales del estudio regional pero también dejaron un legado que no se ha aprovechado. Sencillamente se ha proscrito en la práctica un tratamiento serio del asunto, quizás como reacción a aquellos extremos. Don Luis González y González retomó, creadoramente

ampliádola por encima del arte, la literatura o el urbanismo hasta aquellos aspectos más disímiles de la vida diaria de aquellos ni de este se ha aprendido mayormente.

Así, no basta con tomar de los avances regionales de otras ciencias sociales y de las naturales. Es menester integrarlos orgánicamente al trabajo del historiador regional. El enfoque multidisciplinario tuvo su lugar en la Regional, pero requiere del más moderno concepto de la intradisciplinariedad para enfocarla, bien se sitúe el investigador en una sola disciplina.

Es necesario acercarse a las ciencias exactas e ingenieriles, tomar de sus métodos para agilizar la lentitud de los procedimientos de trabajo histórico-regionales, francamente atrasados si bien aprovechables. Se impone crear una metodología y abrirse al campo de las más útiles técnicas y procedimientos de trabajo.

En un Continente eminentemente político no se puede seguir hablando de política capitalina solamente. La historia y de sus instituciones requiere del enfoque regional, de la conformación de sus grupos de poder, de la estructura de diversos grupos interregionales, del peso de unos y otros en la política metropolitana.

De la misma manera, las guerras, sublevaciones y revoluciones claman por consideraciones regionales específicas y el diferente impacto que causan en las diversas regiones y en las naciones. Ya no tiene sentido que las historiografías a su antojo para construir sus presupuestos "nacionales", pero también los estudios regionales deben basarse en fundamentaciones sobre el tema. Solo deseo observar que estos hechos han sido manejados con toda intención en las historiografías para pretender brindar carácter nacional a sus obras y de ahí han pasado a establecer periodizaciones de las cuales ya se conocen y padecen sus historias respectivas y sus insuficientes resultados.

Fronteras y límites, tan afines al trabajo histórico nacional contemporáneo y en general a todos aquellos aspectos relacionados con estos problemas, ha dado origen a una disciplina, la Fronterología. Pero no se considera mayormente el papel como tal en la determinación de los más profundos y complicados problemas que se relacionan con este asunto. El centro de estudio e investigación debe ser respaldada con una seria fundamentación histórico-regional, incluso en el caso de los límites marítimos predominantes o exclusivos -como el caso de Cuba-, ya que sus regiones costeras se han visto

el transcurso del proceso histórico de forma continúa.

Tan grave es el desconocimiento de estos asuntos, por ejemplo, que algunos colegas afirman que nuestro país es un problema. Como si nuestros vecinos de Haití, Jamaica, Islas Caimán, el Yucatán mexicano, la península de La Florida y las Bahamas pudiesen ser ignorados en el estudio de las regiones cubanas afectadas respectivamente por flujos económicos, políticos y culturales que han provenido históricamente de esos vecinos. Cuál no será entonces la situación de la América continental, pletórica de situaciones fronterizas regionales hasta ahora casi siempre analizadas desde la óptica de la

Países con una vocación exportadora por necesidad, las historiografías "nacionales" han priorizado la investigación del exterior, el que se relaciona invariablemente con el puerto que sirve a la capital o la capital-puerto y alguna ciudad ribereña con condiciones para efectuar ese trasiego de productos de exportación-importación. El mercado interior es vapuleado, apenas si es referenciado. Pero este es el que se relaciona de forma más directa con la vida regional, es la mayor parte de nuestros países. Además, se olvida que tal mercado es el que surte a la región capitalina, creando un movimiento apenas perceptible en los documentos y en la construcción historiográfica. Tampoco esas historiografías muestran mayormente los circuitos comerciales interregionales, complementarios entre sí, en países donde el mundo rural es predominante durante siglos. Tampoco los regionalistas hemos dado aportes sustanciales a este punto, y eso a pesar del excelente precedente del estudio de los circuitos comerciales andinos de Carlos Sempat Assadourian y sus seguidores en los países del Cono Sur, por situar sólo un ejemplo.

Por razones similares los movimientos migratorios intercontinentales e incluso entre colonias y estados han sido probablemente hasta la saciedad. La introducción de esclavos africanos, coolíes chinos, trabajadores hindúes y japoneses son conocidos. La llegada de inmigrantes europeos, sobre todo españoles a Cuba, italianos a Argentina, alemanes a Chile, el sur brasileño, europeos en general en la historia venezolana reciente, a guisa de ejemplos, cuenta con serios estudios hasta con publicaciones especializadas.

Menos se conoce del trasiego de grandes masas de las poblaciones indígenas que son las que han hecho parte sustancial de los mercados de fuerza de trabajo en el Continente. Pero el problema se magnifica cuando se pretende conocer estos a

movimientos en las regiones para poder sustentar sus distintas realidades. Salvo excepciones, los estudios de las culturas internas desde la perspectiva de la Historia Regional brillan por su ausencia. Y no digo de las interpretaciones sobre este asunto, que sí proliferan como bellas construcciones intelectuales aunque no siempre reales.

Otra cara del problema está aún menos trabajada desde la perspectiva que nos ocupa. Se conoce del origen de los inmigrantes en una perspectiva "nacional" pero no hay mayores resultados de investigaciones sobre la ubicación de estos en las regiones, lo que es factor diferenciador por excelencia. Por lo general se identifica a todas las culturas con el único tipo de africano o a las ibéricas con lo español y lo portugués, gran falacia que encubre variadas culturas y sus repercusiones diferenciadoras según la región. Esta es tarea prioritaria de los regionalistas.

Con mayor gravedad se presenta el estudio de las ciudades en algunos de los países latinoamericanos más atrasados del mundo. Y lo que es más preocupante: se transfiere allí, con toda tranquilidad, este problema a otras disciplinas. Esto es así porque que no existan serios y muy valiosos estudios continentales al respecto, coloniales o nacionales, desde la perspectiva regional pero son insuficientes. Con las ciudades ocurre, aunque con mayor frecuencia, como con la historia de las regiones, una ignorancia desde una perspectiva contemporánea sobre éstas en un número sustancial de estos países latinoamericanos. La representatividad de las conclusiones al uso se reduce a cifras irrisorias. Aquí hay que tener forzosamente en cuenta el hecho mundial que la población urbana ha ido del 3 al 45 % de sus totales mundiales respectivos entre 1810 y 1995. En el ejemplo la cifra era del 74 % en 1996. En casos extremos la sola ciudad capital puede englobar tranquilamente la población del país, de lo cual Montevideo es un buen exponente extremo.

Se critica el predominio de las capitales latinoamericanas en el plano historiográfico cuando de lo que se trata es del predominio de los centros de poder que en estas se asientan. Poco se conoce de las metrópolis como tales y desde el punto de vista historiográfico, salvo los trabajos efectuados sobre las megalópolis y sobre alguna que otra ciudad del Continente. Las capitales son como especie de huérfanas muy marginadas en su análisis integral y mucho más el de las regiones que las inscriben. Por tanto, no es justo continuar realizando una crítica anticapitalina abstracta ni seguir denominando con el nombre siquiera de estas capitales y sus regiones circundantes sin las aclaraciones pertinentes. Es asombroso

desconocimiento que se tiene incluso del "microcosmos" capitalino insisto, desde un punto de vista historiográfico concebido.

Para ese grupo de países de la América Latina la investigación histórica sobre ciudades requiere particularizar la relación que los diferentes complejos económico-sociales y político-culturales rurales han tenido en la vida urbana. Como referencia ahora al caso de las ciudades portuarias que ameritan una atención especial, por el carácter exportador por el que las economías latinoamericanas.

Estos complejos problemas comienzan a tener respuesta con la investigación sobre el capital inmobiliario y los tipos fundamentales de capital que están detrás de éste (industrial, comercial) y especialmente uno de sus aspectos, la especulación con la especulación que trae la ciudad al valor de la tierra. Por eso es por lo que hay que dedicarle atención a la construcción y sus materiales. Y no hablo solo de la historia reciente, sino también de la traducción de estos términos de la época colonial e independiente decimonónica. Todo ello juega con los demás órdenes de la vida citadina y con aspectos aparentemente lejanos que van desde las migraciones urbanas hasta las inversiones de capital en las ciudades tecnológicamente alcanzadas.

Con el predominio del capitalismo dependiente se agrega al valor de uso (no comercial) del suelo urbano el valor de especulación que se convierte en una mercancía más, cada vez mejor cotizada. Por esto el valor y la especulación sobre el suelo urbano lleva incluso a buscar ciudades intermedias e incluso pequeñas, donde la renta del suelo es más económica y acentúa el ingreso en un ámbito muy presente en los sistemas latinoamericanos de ciudades. A propósito, este tipo de ciudades, tan plaga de la geografía latinoamericana históricamente, clama por una atención particular.

En el orden social se ha avanzado en estudios generales sobre las divisiones en clases, grupos y capas sociales, probablemente por la influencia del positivismo más evolucionado y del marxismo, según el caso. Pero, como en otros algunos asuntos apenas se trabajan. De estos, las migraciones internas campo-ciudad y ciudad-campo requieren mayor estudio detenido, aunque las fuentes sean escasas y a veces contradictorias. Este es un flujo intermitente pero continuo que existe desde la época colonial y que se ha renovado en el siglo XX.

Los procesos migratorios habría que verlos en sus perspectivas de transculturación antes que de aculturación. Acercaría a los necesarios análisis culturales a los cuales me he referido antes para la región. En este punto se reformula el estudio de las identidades, desde la perspectiva urbana y no sólo para las grandes urbes, lo que es más conocido. Sería útil para América Latina trabajar las viejas leyes de migración de E. G. Ravenstein en cuanto al flujo del campo a la ciudad. Claro está con las consideraciones oportunas para un proceso en que el incentivo de la manufacturización por la industrialización después no es la única causa principal.

En esto también habría que tener en cuenta la idea del mexicano Ariel Rodríguez Kurí de que la industrialización latinoamericana, dilatada en el tiempo, coincidió con la articulación de formas productivas manufactureras localizadas en el campo, o lo que es lo mismo, caracterizadas por la dispersión de las unidades productivas, como es el caso de la industria azucarero-esclavista del Caribe y del atlántico brasileño en el siglo XIX.

Justamente se está en presencia para el caso latinoamericano de un proceso de diferenciación regional muy agudo. Por suerte tenemos alguna información y varios modelos a utilizar, tanto de dentro como de fuera del Continente. Hay que considerar, en particular en la historia más reciente, el incentivo de las ciudades polos de industrialización y/o de servicios, el efecto del espejismo ciudadano para el éxodo campo-ciudad, que es más antiguo de lo que se imagina corrientemente. Es aceptado que este último elemento se conjuga con aquellos más conocidos de la exclusión latifundista, el empobrecimiento de los suelos, la insuficiencia física de nuevas tierras y el atraso tecnológico de las explotaciones rurales para explicar el flujo migratorio hacia las ciudades.

En el plano social también se ha avanzado en el conocimiento de la estructura social urbana, así como en sus manifestaciones extremas: huelgas, paros, reivindicaciones de todo tipo, revoluciones sociales o conatos de estas en cuanto a las clases populares. Existe ahora una mejor comprensión de las asonadas, cuartelazos, componendas de todo tipo, como muestras de la actividad de las élites ciudadinas. Pero me pregunto si es que realmente se ha brindado una atención, no solamente "contestaria" a esta actividad, en su grado de preparación, en sus múltiples relaciones incluso con grupos y sectores populares, o en su dimensión institucional de todo tipo, en sus manifestaciones a veces de defensa de la tierra criolla y nacionalistas después.

sectores y grupos de estas.

El estudio de la familia, como el antes mencionado de la mujer y de los grupos sociales desoídos por la historia, reclama por las consideraciones de esta última. Se impone realizar, como en el caso de la región, el estudio de familia que permita arribar a las claves de una buena parte de la realidad social, si es que entendemos a la familia como el desarrollo de la sociedad. Pero cuando se habla de familias es de todo tipo de estas y no sólo las que comparten independientemente que las mismas, por sus medios económicos, instrucción y posibilidades en general, han dejado testimonios de su actividad. Las relaciones entre unas y otras estarían entre los objetivos del historiador local, de la ciudad que es apasionante el estudio de las relaciones de parentesco, compadrazgo y clientelismo para lograr una imagen de la ciudad.

En el campo político, y vuelvo sobre este asunto, los gobiernos urbano-regionales apenas están estudiados, en particular de las grandes ciudades no capitalinas, dada la complejidad de su legislación, la fragmentación y disfunción de las instituciones y la intervención de las instancias gubernativas intermedias (provincias, gobernaciones, departamentos coloniales\nacionales). Incluso tampoco todas las capitales latinoamericanas disfrutaron de estudios integrales de su política.

En cuanto a las ciudades pequeñas y medianas, mucho más afines a la realidad latinoamericana y caribeña, la historia sobre las instancias políticas presenta similar situación, en este caso por que se confunde por lo general al gobierno local con el gobierno regional (independientemente de sus numerosos puntos de contacto) y lo que es más grave a veces las conclusiones muchas veces que más bien están relacionadas con el plano político nacional que con el urbano.

Sin embargo, es un hecho reconocido que los intereses regionales y de sus centros nodales se plantean por diversos medios mediante alianzas con ciertos grupos de poder capitalinos coloniales y con sectores de los grandes partidos y gobiernos de los estados latinoamericanos con posterioridad, tanto en sus delegaciones de base como en el plano provincial\departamental, pongamos por caso.

Otro problema a resolver, en este caso desde el siglo XVIII y hasta fechas recientes, es el de la paulatina pé-

político-administrativo de las ciudades -y de sus regiones- que no puede seguir respondiéndose de forma preferente a las reformas del Despotismo Ilustrado primero y de la construcción de los Proyectos Nacionales después.

Por otro lado, el problema del análisis de la cultura material y espiritual en el contexto urbano -y también regional- desde la perspectiva de la Historia, presenta una situación más grave aún. En el mejor de los casos se continúa concibiendo como un añadido al resto del discurso historiográfico regionalista, a la manera positivista tradicional, sin una integración orgánica al resto del análisis, que antes analicé. Se parte por lo general de una visión limitada del proceso, sin siquiera reconocer su complejidad y la necesidad que tienen los historiadores, en particular los historiadores urbanos, de establecer nexos estrechos de cooperación con los culturólogos en sus diversas manifestaciones.

Además, la incorporación de las interpretaciones culturales a los estudios urbanos facilitan una visión integrada del proceso histórico, en que se entremezclan o entrelazan factores políticos, sociales, demográficos, religiosos, en la conformación del espacio histórico urbano, aparte del valor que dichas interpretaciones tienen por sí mismas.

Vista en estas perspectivas la historia de las ciudades no queda menos que concordar que estas, al igual que las regiones, se inscriben, juegan un papel básico dentro del tan debatido problema de la formación de las identidades nacionales que preocupa en la actualidad. La ciudad es un emporio del mundo cultural regional y nacional, entrelazando desde sus primigenios la cultura urbana y rural, lo que brinda solidez a la cultura nacional, aunque diferenciándose ambas de la cultura rural, a partir de los tiempos modernos, y dotando entonces de un mayor enriquecimiento a dicha cultura nacional.

Por otro lado, en estas identidades sus construcciones diversas: sexo, edades, familia, migraciones, barrios o ciudades, oficios, instituciones de todo tipo, deberán tenerse en cuenta obligatoriamente, a lo cual se debe añadir que estas muchas veces están basadas en redes, estrategias, alianzas de tipo situacional, que no podemos perder de vista para lograr una mejor interpretación del proceso histórico urbano.

**En resumen**, la situación de la historiografía regional y local en América Latina ha avanzado en los últimos decenios como se desearía, pues si bien hay países con un buen trecho recorrido, la mayoría apenas están comenzando y muchos presentan serias deficiencias en sus resultados actuales, incluyendo al Caribe no hispano. Tampoco se ha compr

que la perspectiva principal de los regionalistas es hacer historia regional, sí, pero paralelamente la de contribuir con  
a la escritura de verdaderas historias nacionales.

Se imponen otras tareas tan perentorias como aquellas y alcanzar resultados superiores que se explican en sí mismos. En un mundo cada vez más globalizadora, el siempre presente reclamo de sus autores de verse representados y por los procesos de cambio que afectan a las sociedades latinoamericanas y caribeñas contemporáneas. En este sentido la educación y la enseñanza son recursos preciosos, que requieren de conocimientos regionales científicamente fundamentados.

Además, para cumplir con los objetivos de la historia regional hay que tener muy presente que, a nivel histórico, la historia regional está integrado sólo parcialmente a su quehacer las posibilidades que brindan las nuevas o revitalizadas corrientes de pensamiento, de vida, de mentalidades, de la vida cotidiana y otras que, por otro lado, cuando se utilizan, muchas veces se confunde la historia regional y local. A través de estas corrientes se incorporarían actores y grupos sociales hasta ahora excluidos del discurso histórico y se rescataría aún más la rica memoria histórica de la historia más reciente.

#### 4.- ITINERARIO DE LA HISTORIOGRAFIA REGIONAL Y LOCAL EN CUBA.

##### - Epoca colonial.

La preocupación por los planos regional y local en Cuba tiene una larga data, desde los inicios de la colonia. Cartas, informes, descripciones, escritas por conquistadores, colonizadores, funcionarios civiles, militares y religiosos, autoridades de diferentes rangos, llenan los archivos y publicaciones cubanas como también latinoamericanas. Un compendio enjundioso de estos, para el caso cubano, se halla en la obra de Leví Marrero Cuba. Economía y Sociedad.

Sin embargo, nuestro país no cuenta -o al menos no se conocen-, con obras historiográficas en este orden como sucede en la América Continental durante el siglo XVII y la primera mitad del XVIII, tanto sobre las ciudades y dife-  
situadas en los grandes virreinos como en algunas Capitanías Generales, a lo cual me he referido antes.

El primer aliento de las reformas del Despotismo Ilustrado, que abarca desde inicios del siglo XVIII hasta la su-  
Carlos III, es la época de consolidación del criollaje en la isla-archipiélago, dentro de una centuria antecesora  
proceso décimonónico de formación de la nación. Aquel es el siglo en que la intelectualidad criolla, aún atada  
requerimientos hispanos, expresa sus preocupaciones tanto por la tierra que la vio nacer, como por aquellas porci-  
de la Isla que lentamente se habían ido formando, con preferencia la rica capital colonial y su región.

Uno de los primeros trabajos conocidos dentro de lo que se considera como la historiografía colonial es la Descripción  
de Cuba, escrita en el segundo lustro de la década de 1750 por el santiaguero Nicolás Joseph de Ribera. Trabajo  
este se encuentra ubicado en un punto intermedio entre la Historia y el informe dirigido a las autoridades españolas  
más extendidas y diseminadas en Cuba al percatarse la metrópoli de las grandes posibilidades de explotar más y mejor  
del Caribe.

La obra es reflejo de los primeros balbuceos historiográficos criollos conocidos hasta ahora. Tiene la factura  
escritura más bien osada y la novedad del tipo de documento ilustrado, concebido para informar al n-

autoinformarse los criollos acerca de las potencialidades de su tierra, los escollos para ello y a ofrecer soluciones pudiese convertirse en una colonia de tipo moderno, como las vecinas islas francesas e inglesas del Caribe.

Ribera, representante ante la Corte de los cabildos de Bayamo y de Santiago de Cuba, tiene todos los instrumentos para realizar un buen trabajo, incluyendo consideraciones históricas, como efectivamente lo hizo. En éste está presente así como las realidades de un comercio ilícito, vía de escape al monopolio estatal, que su autor conoció perfectamente en Santiago de Cuba y en su representado Bayamo, a lo que une las impresiones que le causó la invasión y el acontecimiento decisivo para la vida del oriente cubano. Se trata de realidades particulares y no por esto menos importantes se hacen acompañar de aspiraciones económicas, de la propuesta de utilización de la fuerza de trabajo ajena y de insinuaciones políticas, muy veladas y cuidadosas.

No obstante, la obra de Ribera es una especie de **avis rara** dentro del conjunto de la historiografía colonial cubana que sigue. Esta última privilegia a partir de entonces a la rica capital, identificando su suerte y perspectivas con las de la isla que hace desde ese momento y hasta nuestros días un tipo de historia regional, aunque capitalina, que pretende ser representativa de todo el país, sobre lo que me extenderé más adelante.

Llave del Nuevo Mundo. Antemural de las Indias Occidentales. La Habana descripta: noticias de su fundación, a principios del siglo XVIII, escrita a seguidas de la obra de Ribera, en 1761, es ese otro tipo de obra regional-"colonial", que encierra en su título el sentido que tiene a partir de entonces esa historiografía criolla, más adelante devenida en "nacional".

Escrita por el regidor habanero José Martín Félix de Arrate, esos dos calificativos, el de regidor y el de habanero, son el signo de la obra, que se enorgullece con los epítetos de que se tilda a la capital, como afirma la historiógrafa Carmen Arrate representa los intereses de la más voraz oligarquía regional colonial y este no para en argumentos por la preminencia de los intereses de la misma sobre las de sus otros congéneres de la isla. Su Patria no es Cuba, es La Habana, que la región, la ciudad. Se trata de una patria urbana, ciudadana, de la que hace, como dijo Julio Le Riverend, una "relación de méritos", criollos, eso sí, lo que es un aspecto positivo, de reafirmación ante lo español, pero no cubana integral de la realidad insular ampliamente concebida, como trató de hacerlo Ribera.

La toma de La Habana por los ingleses, al año de haber escrito Arrate su obra, le da un vuelco total a parte de la colonia. El problema es que este hecho se ha tomado como punto de referencia para un **antes** y un **después** de la historia que es muy cuestionable. Sobre ello volveré más adelante también.

Con esto lo que deseo es subrayar que la tendencia historiográfica inaugurada por Arrate halla un mayor asidero por su obra que comento, el Teatro histórico, jurídico, político, militar de la Isla Fernandina de Cuba y principalmente de la Habana, de 1791 probablemente.

Escrita por el habanero Ignacio José de Urrutia y Montoya, ésta se propone brindar una visión integral de toda la historia ya se puede imaginar con cuál óptica, expresamente manifiesta en la segunda parte de su título. Es incomprendible ahora no se han intentado hacer más sólidas relaciones entre esta obra y la que un año después escribe Francisco Parreño, el Discurso sobre la agricultura en La Habana y medios de fomentarla. Entre una y otra hay muchos comunicantes, que se refuerzan con trabajos posteriores de Arango.

En cualquier caso el Teatro histórico... de Urrutia y Montoya sigue siendo, en rigor, una obra regional. Lo mismo ahora éste no parte de La Habana, como Arrate, para interpretar a Cuba. Urrutia, sencillamente, interpreta a la ciudad por corazón y miras habaneras interesadas.

La Historia de la Isla de Cuba y en especial de La Habana (1813), del matancero Antonio José Valdés, cierra el ciclo de otros autores criollos conocidos hasta ahora que escriben entre mediados del siglo XVIII y el primer período del siglo XIX de Cuba. Por tercera vez en estas obras comentadas tenemos el mismo subtítulo: La Habana. Por tercera vez se esboza una región que se pretende represente la Historia de Cuba toda hasta ese momento.

Entonces no es casual que su interés se centre en el período que va desde 1761 hasta 1812, es decir, un año antes de la toma de La Habana por los ingleses, como prelude de lo que estos autores consideran la gran época de Cuba (su ciudad capital). Valdés se encargó de anunciar y representar a bombo y platillo. En este sentido Valdés inaugura en la historiografía cubana un acontecimiento, decisivo y nunca bien ponderado para la "Gran Historia" de Cuba, que en su sesquicentenario Miquel Fraguinals se encargaría de revitalizar a través de ese por otro lado gran libro que es El Ingenio. El complejo económico

azúcar... de La Habana y su región histórica.

La crítica de Valdés, con un sentido criollo, nunca demasiado manifiesta, continúa estando al servicio de particulariza en La Habana, aunque a veces esa visión tan peculiar se extienda a los problemas de otra "patria", Pero esta última no es una constante en la obra de Valdés, lo que importa es su ciudad.

El siglo XIX trae también la contrapartida de esas historias regionales habaneras con afanes ecuménico-insulares aparecer historias regionales y locales del resto de la Isla en el transcurso de dicho siglo, no siempre publicadas ent menos conocidas todas en la actualidad. Estas expresan las aspiraciones e ideales de los intereses regionales y loca aunque no excluyentes con los de la capital colonial.

Además, una coyuntura circunstancial favorece la publicación o al menos el aliento para escribir estas historias in La Sociedad Económica (Patriótica) de Amigos del País se ha planteado el reto de auspiciar la escritura de una hi para lo cual recaba el concurso de sus miembros corresponsales en las diputaciones situadas en las principales ciud la colonia. De igual manera se propone impulsar la redacción de un diccionario sobre la Isla, también co colaboraciones de los escritores y aficionados a estos temas en el "interior".

Ni lo uno ni lo otro, como tampoco se permite la constitución de la Academia Cubana de Literatura que propone Saco y sus colaboradores. Para Historia con la de España basta o con la interpretación enciclopédica sobre Cuba Sagra. Para diccionario geográfico y de otras materias con el de Jacobo de la Pezuela hay lo suficiente. Lo que puede evitar es la expresión de las localidades y regiones más apartadas del centro de poder colonial por definición,

A los sustentadores de dichas ideas en la Sociedad Económica se les prohíbe visitar los archivos españoles y el acceso a las fuentes documentales capitalino-coloniales. Esto no podían impedirselo a los historiadores y afi localidades, pues estos eran a su vez los que manejaban o tenían los medios de manejar los archivos y documentos eclesiásticos.

El problema radica en los métodos y procedimientos utilizados por estos historiadores, como ocurría también e América Latina, ahora independizada. En Cuba, uno de los exponentes cimeros de la anhelada transformación, siq

y económica, José Agustín Caballero, se mofaba del manejo del método escolástico por parte de uno de los primeros historiadores cubanos, Ignacio de Urrutia y Montoya, exponente de toda esa tradición historiográfica de que padecían también, aunque en menor medida, debido a un menor conocimiento, quizás los más, los historiadores regionales y locales.

Para el padre Caballero este tipo de obra era una jerigonza latino-española, especie de "revoltillo" de autores de la tradición escolástica romana, del santoral intelectual de la Iglesia y de otros, del mundo medieval, escrita en una tradición escolástica rancia, "apesta"; tales son sus palabras exactas utilizadas en artículo crítico publicado por él en el Papel Periódico de mediados de la década de 1790.

Bajo tal sino, aunque disminuído, como acabo de decir, comienza la larga y bicentenaria tradición regionalista cubana. Esta impide interpretar de forma provechosa los ricos fondos documentales existentes a todo lo largo de la historia que el documento es priorizado y casi absolutizado como fuente de información. Este es tomado de forma acrítica y casi textualmente, sin tener en cuenta que por lo general presenta los puntos de vista oficiales, de la Iglesia, de la élite y de sus allegados y servidores. Conociendo esto, claro está, los actuales historiadores regionales pueden aprovechar la información muy rica que muchas veces ha desaparecido.

Como hay tan deficiente elaboración y prácticamente nada de crítica, no queda otra alternativa que recurrir a la forma de anales o a lo sumo de crónicas. Ese culto al tiempo físico que no al histórico, se encuadra en el gobierno de las personalidades regionales y locales. Oficiales de cierta jerarquía, obispos y otras dignidades de la Iglesia Católica designados con mayor, menor o ninguna preparación para ejercer sus cargos, miembros de la oligarquía criolla ensalzados y glorificados en su marco local como lo eran las grandes personalidades que movían naciones y continentes. Se aplicó un reduccionismo de esos parámetros en tiempo y espacio que a veces mueve a la hilaridad, aunque no siempre.

Mientras, la estructura económica, sustentadora de esas sociedades regionales solo es mencionada de paso. El resultado productivo como muestra de progreso. La construcción de un ferrocarril y en general de obras infraestructurales adelantos del tipo de civilización occidental que se toma como modelo. Ingenios azucareros, haciendas ganaderas

propiedades agropecuarias diversas apenas si son mencionadas y cuando se realiza es como símbolos y números.

En el plano social las élites, su labor y movimientos son presentadas como la sociedad toda, en la que otros existen únicamente por estar al servicio de estas. Esclavos, obreros, campesinos, son sistemáticamente ignorados. El manejo que se maneja es para sustentar el peculiar criterio de "progreso" que atañe a la región o localidad estudiada. Los desempleados, el mundo de la marginalidad, no son referenciados, a no ser que no quede otra alternativa.

La Iglesia Católica, sus obras y personajes son parangonables a las autoridades civiles y militares. Es como si el Patronato se extendiese a la interpretación histórica. No existen cultos de origen africano ni el rico mundo de las sociedades elementales del ser humano. Y por supuesto, nada de sociedades expresivas de las más elementales necesidades de sociabilidad en la zona, a no ser la referencia folklórica y, desde luego, las sociedades de instrucción y recreo elitistas y de otros grupos que se llaman "cultos" o que aspiran a serlo imitando a los primeros.

Las construcciones civiles, militares y religiosas y el crecimiento urbano son puntualizadas como signos de progreso. Los edificios públicos, las residencias de los ricos, paseos, alamedas y avenidas, cuarteles y cárceles importantes, parques y urbanizaciones más novedosas, son continuamente destacados como exponentes de su época y del esfuerzo de los gobernantes, la jerarquía eclesiástica y del gusto de las élites. Nada de la otra cara, tendenciosamente ocultada, que es expresiva de las necesidades que vive la inmensa mayoría de la población.

El liberalismo es acogido con fervor por estos historiadores regionales y locales. La cultura y sobre todo la enseñanza son glorificados como las palancas fundamentales para lograr, mantener y sobrepasar siempre el anhelo de progreso. Escuelas, maestros destacados, instituciones auspiciadoras, pasan a una especie de estrellato, reverenciado invariablemente, donde se desprende que la introducción y actividad de la imprenta es referencia obligada, junto a periódicos, revistas y libros que se editan para satisfacer las necesidades de sus suscriptores.

Europa Occidental antes que España, Francia y después los Estados Unidos, la cultura clásica y otras fuera del Viejo Mundo son los paradigmas de estos historiadores. Estas son las patrias del progreso, hacia ellas se debe mirar y actuar. Nada de la filiación política. El liberalismo admite al integrista más permisivo, a los reformismos, a las distintas épocas de

y hasta las veleidades de ciertos independentistas, siempre y cuando estos últimos no exageren.

Guerras y revoluciones, cuando no queda otra posibilidad, son presentadas como males o sencillamente ignoradas. Estas no concuerdan con un desarrollo lineal, siempre hacia arriba, que es el que se supone que existe y siempre va en aumento. La evolución y no la revolución es el ideal, pacífico, al cual se aspira. La Revolución Francesa es presentada por los historiadores como una especie de monstruo y de hidra de muchas cabezas dispuestas siempre a actuar y destruir. Su caso es precisamente no mencionarlo, a no ser que sea imprescindible.

La Revolución Haitiana no es nombrada bajo ese presupuesto. La fundación en ese país de un estado moderno es silenciada con aviesas intenciones. Lo que importa es destacar, solo si es necesario, la barbarie que trajo el "mal ejemplo". Lo mejor es subrayar, al menos para las regiones cubanas implicadas, el papel civilizatorio que trajeron sus inmigrantes, sus adelantos, conocimientos y su cultura, prurito galizante que aún se mantiene en la historiografía de varias regiones cubanas.

La independencia y formación de los Estados Unidos, como no se pueden soslayar, pues de estos viene buena parte de lo que se pretende imitar y fomentar en las regiones implicadas y en toda la colonia, es tomada en sus resultados más cercanos y no como hecho histórico en sí. Técnicas, modelos, pragmatismo, por un lado, ferrocarriles e implementos azucareros de los norteamericanos especializados, su sentido de la vida, por el otro, es lo que se destaca y subraya.

Las guerras independentistas en América Continental, cuando aparecen, son sinónimo de destrucción, de muerte y de dolor, decir, de todo lo contrario de lo que se persigue. Como se trata de historia regional es posible ignorarlas, excepto cuando se abren las puertas de la patria chica de alguna manera, lo que muchas veces ocurre, como en los casos en que algún hijo de la tierra se obstinadamente de su regazo u otros de sus habitantes que osan conspirar a favor de ideales mayores.

Pero siempre permanece en tal suerte de historiografía un caudal de informaciones y hasta alguna que otra idea que es incluso brillante. Además, muchos de estos historiadores creen honestamente en sus presupuestos, en un ideal de progreso y ciertos atisbos de futuro que compiten seriamente con la obstinada Clío. La mirada al pasado es solo eso, una vía de escape de los derrotados de ese presente que no se sabe exactamente hacia donde va. Muy poco de interpretación. Por eso

descripción. No se pretende referenciar otra cosa que el hecho, nunca penetrarlo. El hecho histórico está ahí, es un hecho, y si no hay documentos que lo presenten, que lo avalen, cualquier otra consideración se considera una transgresión, siempre mal hecha.

Esas historias, que perviven con regular salud en el siglo XX republicano y que aún dan sus postreros alientos en el nuevo milenio en toda América Latina, se cuentan por varias decenas en Cuba, comenzando desde la colonia. Hay historias con increíbles semejanzas con sus congéneres latinoamericanas, pese a una historia política diferente en los dos últimos siglos. Es importante para estudiarlas y compararlas y así penetrar en aquellas áreas oscuras que comúnmente se pasan por alto en el desenvolvimiento del trabajo regional y local.

De estas, una de las primeras escritas (1823) sobre el llamado interior, pero no publicada hasta inicios del siglo XX, es la Historia de Santiago de Cuba, del oriental José María Callejas. Comenzaba con esta y posiblemente con otras historias contemporáneas que no se conocen aún, la labor sostenida de un tipo de Historia para consumo del terruño y, a través de los lectores de sus regiones vecinas y de algún que otro erudito o estudioso del tema en la capital.

La Historia de Callejas es la de un criollo, militar de carrera del ejército español y miembro de la Sociedad Patriótica, representativa del ordenamiento cronológico de su material, del descriptivismo más rampante, del culto a la historia, pero también es una de las primeras que se propone destacar la realidad y los intereses de su región y ciudad, y su importancia en toda la colonia.

Desde esa primera mitad del siglo XIX otras historias regionales, con énfasis en sus ciudades y villas cabeceras, apareciendo entonces o se publican después, con un número restringido de páginas que permite a alguna que otra ser incluida por las Memorias de la Sociedad Económica (Patriótica) de La Habana, como la del principieño Tomás Pío Ballesteros en la década siguiente, cuya óptica es la de un autor que es además uno de los más opulentos hacendados de su región natal.

Un empeño editorial y tipográfico mayor, como muestra de los resultados que iba alcanzando la difusión de la historia de Cuba interior, pero solo esto, sin una verdadera trascendencia historiográfica, es la Memoria histórica de la villa de Torres Lasqueti de su jurisdicción (1858), del intelectual santaclareño Manuel Dionisio González. En el mismo sentido pudiera haber sido la historia principieña de Torres Lasqueti, de treinta años después. Por otro lado, no es poco, se está hablando de la generación

tipo de trabajo historiográfico a través de toda Cuba.

Además, entre estas dos últimas fechas ha ingresado el positivismo en Cuba por la vía de la Literatura, que después se extiende a sus otras variantes europeas. Los historiadores de oficio han dejado pasar de largo este hecho, pues no se ha tomado en cuenta que los intelectuales de entonces se expresan por medio de diversas ciencias y disciplinas, de las Ciencias Sociales, de las Ciencias Naturales u otras. Error craso en la actualidad.

El positivismo que anima a la crítica literaria o mesológica de Hipólito Taine, que es el que penetra en Cuba en la segunda mitad del siglo XIX, expone al menos tres criterios que a partir de entonces gravitan sobre la historiografía regional por unos cuantos decenios. La raza, el medio geográfico y el momento histórico se tornan los criterios fundamentales de valoración de ese primer positivismo. Ello reaviva la discusión intelectual en una colonia que ya ha abolido la esclavitud y que aún en la década de 1860 es fuerte, cuyo mercado geográfico y más importante no es el europeo que se encuentra inmersa en un momento histórico que clama por transformaciones de todo tipo. Años más tarde las corrientes spenceriana, criminológica y hasta la comtiana, refuerzan la presencia de esta corriente filosófica que se disemina por toda la colonia.

El positivismo encontró un terreno bien abonado con la labor ya de un siglo del liberalismo cubano. La historiografía regional así sus presupuestos fundamentales y, dentro de esta, la historiografía regional y local. Descripción, hecología, relativismo, restringido de la verdad científica, papel de las grandes personalidades, noción acendrada del progreso social, carácter de desarrollo, transitan cómodamente de una a otra corriente ideológica. Relativismo, pesimismo, fe en la ciencia cuantitativa y teorías racistas, deterministas y algo de voluntarismo acompañantes, se incorporan de forma indiscriminada a la obra del historiador regional, que no tiene siempre una clara conciencia de lo que está ocurriendo ni de las nuevas corrientes que continuamente le llegan desde entonces hasta bien entrado el siglo XX.

Exponente destacado de parte de estas influencias y con toda seguridad el historiador liberal regional más importante en opinión de Julio Le Riverend, el catalán acriollado Enrique Edo y Llop, transita entre un tipo de historia regional ya elaborado intelectualmente a otro signado por el fin de siglo dentro de su propia obra. Así, si la primera versión

histórica de Cienfuegos y su jurisdicción, de 1861, contiene una inusual preocupación por los problemas económicos sustentadores del buscado progreso, la segunda y definitiva versión de su obra, de 1888, integra de forma armónica ambas corrientes, **aportando** en la medida que puede hacerlo un historiador avanzado con esas características, nuevos datos sobre la estructura económico-social cienfueguera que dan pie a sus ideales de progreso, dentro del orden colonial de la época.

- La República.

El tránsito entre los siglos XIX y XX, pletórico de acontecimientos para Cuba, no afectó la esencia de la historiografía que se conoce como en cierto sentido sí lo hizo con la nacional. Tenientes Gobernadores, otras altas autoridades, obispos y sacerdotes hispanos o hispanizantes fueron sustituidos por alcaldes republicanos y altos oficiales militares que conducirían hacia el progreso, algo incierto en verdad dadas las nuevas realidades. Ahora bien, por razones de nuevas temáticas y al menos determinadas libertades para tratar problemas acallados por la extinta dominación española.

Las guerras independentistas, tema tabú hasta entonces, ocuparon un espacio nunca antes imaginado en la historiografía regional, amenazando en alguno de sus exponentes con absorber casi todo el espacio físico disponible en la obra y relegando los problemas coloniales. Esto es particularmente notable en la historiografía de aquellas regiones donde las guerras tuvieron mayor incidencia, verbigracia las orientales, camagüeyanas y del este villareño. Es más, proliferaron monografías, memorias, biografías y cuantas formas sirviesen para exponer las gestas recién concluidas y sus protagonistas en el marco regional, sobre todo estos últimos, dentro de la más depurada tradición liberal y positivista de exaltación de personalidades.

La guerra es presentada en la nueva época histórica como un mal ineludible, como una epopeya necesaria, que los llamados "locales" ornan de un hálito romántico que hace traer al siglo XX tal suerte de historiografía. La epopeya del descubrimiento y de la colonización pasa a ser ocupada, en cuanto a ese carácter, por los próceres del 68 y del 95. Estos historiadores, exagerando la nota, ponen la tea incendiaria sobre las propiedades en manos de los propios protagonistas como excepción, sino como fenómeno general.

Sin embargo, los esclavos, reemplazados por trabajadores libres y por campesinos, permanecen de igual forma e

Las mujeres, excepto alguna que otra patriota, educadora o artista, continúan encerradas en sus casas, sin que se les permita salir a la calle. Los modernos centrales, que después de cuatro siglos se enseñorean por toda la isla, apenas son citados. Las cosas de la economía son simples objetos de mención. Es como si nada hubiese cambiado, excepto los actores principales y las instituciones, pero es que es así que se concibe la historia, particularmente la regional.

La dominación norteamericana, su omnipresencia, no es tema de su incumbencia, aunque sí los ideales de progreso que imponen por la potencia tecnológica y científica, por el nuevo ideal de cultura y de modo de vida que transmiten los Estados Unidos. Muchos de estos historiadores locales.

De forma paralela la historiografía regional pierde fuerza en la misma medida en que se impone un Proyecto Nacional de inspiración capitalina, tras ciertas tentativas de reagrupamiento político regional que nuestra historiografía "nacional" no develado ni lo hará. Es tarea de regionalistas. Ese Proyecto es el que explica el surgimiento de la Academia de la Historia en 1910 y su existencia hasta 1960, con un presupuesto regular conferido por el Estado, precisamente el sustentador de dicho Proyecto Nacional.

La Academia de la Historia surge a los pocos meses de concluir la época de ocupaciones militares norteamericanas en el territorio nacional. Se inicia el segundo ensayo de república dependiente de los Estados Unidos con el liderazgo de José Martí y el Liberal, ensayo que plantea un proyecto de nación en cuya concepción el centralismo capitalino es el elemento fundamental del basamento del andamiaje a reconstruir -en relación con la efímera primera república- y a construir, sobre todo lo que queda del pasado adelante.

La composición de la institución dice exactamente cuáles derroteros transitará a partir de entonces la historiografía nacional. Sesenta plazas con que se cuenta, treinta son cubiertas por académicos de número residentes en La Habana y las restantes las ocupan académicos correspondientes residentes en el extranjero y en las provincias. Ahora no podemos apreciar el conjunto de la labor de esta institución, por cierto que bastante desconocida entre nosotros. Lo que deseo es describir cómo los presupuestos "nacionales" capitalinos moldearon la Academia y, entre estos, la visión de los procesos independentistas y de sus contextos regionales en función de esos presupuestos.

Y no es que no se dedicara atención a los problemas y la hechología regional. La propia Academia auspició la historias de las provincias cubanas y uno de sus presidentes más citados, Emeterio Santovenia, escribió una doc sobre su natal Pinar del Río. El problema estriba en el tipo de historia regional que esta institución auspició, espec historiografía romántica, positivista y liberal, con alguna que otra pincelada de las nuevas corrientes ideológicas Cuba continuamente desde el Viejo Continente y en particular desde los Estados Unidos. Pero ante todo, como a Santovenia, la Historia no es más que un instrumento de la cultura. Y ya sabemos que la cultura y la educación e por aquellos y estos intelectuales como las palancas, decisivas que mueven al progreso.

La Academia, ante todo, pretende ser continuadora de los frustrados proyectos historiográficos de la Socie (Patriótica) de Amigos del País en cuanto a la escritura de una historia de la isla. A estos añade ahora la visió estatuaría de nuestros héroes, a pesar de que importantes intelectuales incluso en su seno propugnaban y realizaba Pero siempre fueron minoría. Las publicaciones y esfuerzos académicos van en aquella dirección, no en otra. Tod ejemplo la "historia local", tiene un papel secundario, en el mejor de los casos.

Se inauguraba así un nuevo período para la historiografía regional y local que en nada contribuiría a su avance. desidia y hasta la malevolencia arrinconaban en sus terruños a historiadores y aficionados, impedidos siquiera últimos avances de la historiografía occidental. Positivismo y liberalismo se enraizan de tal manera en sus expon por que estaban escribiendo en pleno siglo XX, pudiera parecer que se estaba escribiendo un siglo atrás.

El historiador local se enclaustra en su región y ciudad. Si no es por algún que otro emolumento municipal oc recibe apenas nada material por su trabajo, a no ser el placer de realizarlo y el cumplimiento de su autocomprom terráneos. Aquellos con más recursos económicos suelen ponerlos al servicio de su obra y hasta de su comunida con el santiaguero Emilio Bacardí Moreau en sus Crónicas de Santiago de Cuba (1910).

Ejemplo de abnegación en ese tipo de historiador, de desinterés material, de consecuencia con su obra y su vida, p deficiencias y compromisos ideológicos, es el del remediano José Andrés Martínez-Fortún y Foyo. Este, con regu vida a principios del siglo, comienza a editar desde 1930 y hasta 1963-64 sus Anales y Efemérides de San Juan de

su jurisdiccions, en una treintena de tomos, que se hacen acompañar de varias historias municipales que recogen e región histórica remediaña. Seguir el proceso editorial y tipográfico de este monumental trabajo es también asistido de sus recursos pecuniarios, absorbidos por su proverbial dedicación a la patria chica.

Desde luego, historia factual, descriptiva, con elementos ditirámicos, ajena a los problemas de las grandes poblaciones, etc. Pero también mucho amor y dedicación, renovada preocupación por los destinos de su región republicana. No faltaron tampoco los "historiadores locales" de dudosa reputación, que de todo hay en la viña del Señor. Los últimos aportaron muy poco o casi nada y no merece la pena detenerse en ellos, a no ser para indicar a través de este peor momento de este tipo de historiografía, en que la Historia y la Política mal entendidas se entrelazan.

Sin embargo, la década de 1940 trajo algunos cambios importantes o al menos propuestas de cambio para el trabajo regional y local. Por un lado regresaban al país los pocos recién graduados cubanos del Colegio de México, entre los que Le Riverend jugaría un papel decisivo en el vuelco que algunas décadas después tuvo la historiografía regional en circunstancias radicalmente diferentes. Otros, como Manuel Moreno Fraginals, volcarían sus esfuerzos en un trabajo historiográfico nacional sobre la que volveré y volveremos todos durante algún tiempo.

Por el otro lado, la labor de Emilio Roig de Leuchsenring en torno a la historiografía regional y local no puede decirse alto a partir de estos mismos años. Iniciado desde muy temprano en los estudios sobre su natal Habana y fundador de la década de 1930 de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, la década de 1940 y los años subsiguientes en él en cuanto a la cuestión regional y local: como historiador de la ciudad capital y como impulsor de los Congresos de Historia.

La colega Fe Iglesias me dijo hace años algo que es muy cierto. Roig, historiador habanero, convencido y amante de su patria no tuvo nunca un cerrado empeño por "occidentalizar" la Historia de Cuba desde la perspectiva habanera. El amor no obnubila su visión, más bien lo sensibiliza para comprender las aspiraciones historiográficas y las necesidades de toda su patria. Pero Roig, escritor eminentemente político no podía dar mayores respuestas personales a las cuestiones científicas que presentaban la historia regional y local en el país.

En rigor, la comprensión de esta última parte de aquellos otros historiadores, formados o rodeados por una ya liberal-positivista, que la trascienden por medio de sus estudios e investigaciones. El análisis de las estructuras sociales y la profundización que realizan en las políticas, significan un punto de ruptura con toda la tradición anterior. Pero se trata de una ruptura o renovación desde posiciones personales, no institucionales, a no ser en el caso que alentó Roig de Leuchsenring. Son los casos de Ramiro Guerra Sánchez y de Julio Le Riverend Brusone en la década de 1950 y al calor de las actividades por el cincuentenario de la República. A estos se une uno de los lustreros, Pérez de la Riva.

Ramiro Guerra, quizás sin una opinión totalmente formada sobre el futuro de los estudios regionales, nos dejó en su Diez Años (1950-1952) toda una fundamentación regional acerca de ese trascendental período bélico que abrió el proceso independentista cubano y, desde luego, a una comprensión más acabada de las diferencias regionales y del histórico de formación de la nación, que aún hoy algunos se dan el lujo de obviar o bien aceptan entredicho. Este historiador cubano traza una frontera bien nítida entre el occidente de la isla y las otras grandes regiones de su mita. Ello, en esa explicación político-militar de una de las grandes gestas independentistas, incluida como quiera que sea, de valorativa eminentemente política reforzada durante el siglo XIX, se ubica uno de los primeros asomos a la metodología de tratamiento del tema regional y local.

Pero también Guerra, entre esas obras "menores" que legó, dejó como herencia Mudos testigos. Crónica del occidente de Cuba (1948), todo un modelo de lo que hoy llamarían historia "micro" en otras riberas. No en balde, al valorar el prólogo a la nueva edición cubana de 1974 de *Ciencias Sociales*, Manuel Moreno Fragnals, poco sospechoso por no de ser un amante de la historia regional, afirmó que esta es "una de las poquísimas obras maestras de la historiografía cubana". Desafortunadamente esta pequeña joya historiográfico-regional pasó inadvertida para la mayor parte de los "historiadores" de la república tardía y durante las primeras décadas de la Revolución Socialista.

Julio Le Riverend Brusone es aún un caso más especial en estas lides regionales. En 1948, recién estrenado como historiador de un calibre, durante el VII Congreso Nacional de Historia celebrado en Santiago de Cuba, ya arribaba a la conclusión

regional y local "debía ser considerada como **uno de los elementos básicos** de la versión historiográfica del país, enriqueciendo una idea presentada previamente al I Congreso Nacional de Historia de 1942.

El hecho de ser un historiador cuyas obras fundamentales están dirigidas a analizar el proceso histórico nacional para que, desde entonces, continuara plasmando sus preocupaciones sobre la cuestión regional, a través de una serie de monografías que más adelante incluirían trabajos de corte metodológico, periodológico y teórico. Entre las que se inscribe, por derecho propio, La Habana. Biografía de una provincia (1959), profundo análisis de la región habanera escrito con esas características sobre una región cubana y que sobrepasaba, con mucho, al resto de las llamadas provincias cubanas auspiciadas por la Academia de la Historia, a las que antes me he referido.

Estos historiadores dejaron lo mejor de sí, como herencia -que el propio Le Riverend incrementaría-, a la historiografía regional y local que forjaría la Revolución Socialista en Cuba. Pero otra herencia, la de los llamados historiadores locales, recibió y continuó manifestándose, aunque más atenuadamente hasta hoy. Criticada acremente, a mansalva, es "la historiografía del Bronce", tanto en Cuba como en buena parte del resto de los países latinoamericanos, merece algunas precisiones.

Podemos y debemos enjuiciar con vigor su ingenuidad de basamento positivista, su criterio de progreso inscrito en la tradición liberal y positivista, la exageración que hace de la labor de las personalidades y caudillos más importantes, luego, la minusvalía con que presenta al pueblo en relación con el quehacer de lo que hoy se llaman las élites. Podemos comprometidos a criticar la superficialidad con que estos historiadores broncíneo-regionales enfrentan la crítica de sus deficiencias metodológicas y de procedimientos de que adolece, los problemas teóricos que comporta. Ya antes lo he hecho.

Pero lo que no podemos obviar es la riqueza de la información brindada, muchas veces desaparecida a posteriori. Vuelvo a insistir; algunas ideas particularmente sugerentes para nuestro propio trabajo; la transmisión del mito, la del testimonio de época; el incluir a la cultura dentro de la valoración historiográfica; entre otros aspectos a favor de la renovación de la historiografía regional y local. En este sentido obras como las antes mencionadas del santiaguero Gerardo Moreau, del remediano José Andrés Martínez-Fortún y Foyo o la que ahora traigo a colación del habanero Gerardo Leonart, se inscriben, por derecho propio y con todas sus imperfecciones, en los anales de la historiografía cubana.

épocas.

- La Revolución.

Hay que tener muy presente, por otro lado, que el triunfo de la Revolución Cubana en 1959 trajo un proceso radical para la historiografía regional y local que no se ha repetido en el resto de América Latina, excepto efímeramente los proyectos cepalinos de desarrollo, que por otra parte demandan de nuestro estudio. Esa historiografía cubana se benefició con los planes de transformación regional de la Revolución triunfante en la búsqueda de un desarrollo económico-social para **toda** la isla-archipiélago.

Reflejo en el plano historiográfico de esa búsqueda del equilibrio fue el Movimiento de Activistas de Historia, en vigor durante décadas. A este debemos una impresionante cantidad de investigaciones, testimonios, monografías, artículos, etc., que se encuentra generalmente inédita. Sus resultados, de calidad variable y de factura empírica encierra un riquísimo acervo para el trabajo historiográfico, previa crítica, del cual los testimonios se inscriben como entre las fuentes más importantes con las que contamos para el trabajo futuro en todas las áreas de la Historia, incluida la regional y local, una de sus fuertes. Subvalorar las posibilidades que como fuentes atesoran a su vez la materialidad de los materiales es un error garrafal, en particular aquellos de sus mejores trabajos que están publicados generalmente en el Concurso de Historia Primero de Enero, otros a través de la Editora Política y algunos hasta en ediciones municipales de más difícil localización.

1968 fue un año clave para el trabajo regional, especie de parteaguas del mismo. Una conmemoración, la del inicio de la Guerra de los Diez Años, condujo a una revitalización del trabajo historiográfico en Cuba. Nación e independencia fueron temas continuos dentro del trabajo y en particular la Guerra del 68. Se revitalizaron de una u otra forma viejos reclamos regionales por verse representados dentro de esta contienda, a lo cual tanto había contribuido Ramié en su momento. Historiadores aficionados y profesionales contribuyeron decisivamente al vasto movimiento político que desató en todo el país.

A partir de entonces marcarían hitos entre los regionalistas el debate -y sus consecuencias de todo tipo-

nacionalidad, promovidos por el entonces Instituto de Historia de la Academia de Ciencias, cuyo director, Julián García, renovaba con ello viejos bríos e inclinaciones regionales. Este, Jorge Ibarra, Sergio Aguirre, Juan Pérez de la Riva, el polaco Tadeusz Lepkowski -visitante en Cuba- y otros, participaron en un debate antes, durante y después de 1968, que revitalizó el trabajo regional, calorizado además políticamente por el Partido Comunista y sus órganos.

A Juan Pérez de la Riva, desgraciadamente desaparecido muy temprano, en pleno goce de sus capacidades, debemos cuatro trabajos esenciales que a partir de 1968 y después de su muerte se convirtieron en piezas antológicas e inspiradoras del trabajo histórico-regional. Sin discusión, "Una isla con dos historias", aparecido en la revista Cuba en ese año clave al que me he referido, conmocionó a todos, regionalistas o no.

Este demógrafo, historiador, geógrafo y economista, replanteó para toda la Historia de Cuba y en dicho artículo el modelo de Ramiro Guerra había considerado esencial para su estudio sobre la Guerra del 68, el de las diferencias tan notables entre las grandes regiones cubanas que argumentaban el devenir histórico de Cuba. Hoy es relativamente fácil criticar algunas de sus conclusiones, pero quien se remonte a aquellos años no puede menos que admitir que la propuesta de Pérez de la Riva de una Cuba A y de una Cuba B, que signaba todo el proceso histórico nacional, sirvió para acicatear y orientar el pensamiento posterior.

Desde luego, esas dos Cubas encerraban lo que el historiador consideraba los dos grandes patrones de desarrollo social del país: el plantacionista y el de la economía tradicional heredada, diríamos. Lo que ocurre es que Pérez de la Riva tenía todos los elementos en su mano para percatarse que el proceso de diferenciación era incluso más profundo y complejo que esos dos grandes patrones encerraba realidades regionales diferentes. Quien mejor que un economista y demógrafo podía hacer eso para poder continuar trabajando en ello, como efectivamente lo hizo.

Un lustro después se publicaba en el extranjero y en francés su artículo "Peuplement et cycles économiques à Cuba", un corto pero sustancioso trabajo en que particularizaba en el problema a partir precisamente de esa relación económica desde la perspectiva histórica. Ahora Pérez de la Riva hablaba no ya de grandes regiones sino de regiones específicas y sus particularidades, despertando el interés sobre un área poco trabajada entre nosotros, la de las regiones ganaderas,

problema del aprovechamiento de los suelos con tal renglón de nuestra economía y sociedad. Y conste que estamos siglos de predominio ganadero para la mayor parte de Cuba y de otros, más cercanos, en el que el ganado vacuno "partenaire" del azúcar y, después, al menos, sostén de regiones y subregiones cubanas hasta bien entrado el siglo. Luego, un trabajo como este no trascendió, solo llegó a contadísimos regionalistas e incluso nos hemos dado a publicarlo en idioma español.

Peor suerte ha corrido su trabajo inédito "La división territorial y la conquista del espacio cubano. Período neocolonial (1511-1953)", de 1974, manuscrito de 125 páginas que incluye tablas y mapas, concluido justo antes de morir y despiadadamente plagiado y saqueado desde entonces, incluyendo el juego de mapas que lo acompaña. Conociendo los contados regionalistas, esta monografía introduce magistralmente, a la altura de sus circunstancias y época, en la historia del proceso de diferenciación regional y local en Cuba, con un grado de particularización no mostrado antes. Por su publicación post-mortem de algunas de las ideas más generales contenidas en esta monografía como resultado de un conversatorio auspiciado gracias a la proverbial hospitalidad de la Biblioteca Nacional "José Martí" y publicado como "Sobre la conquista del espacio cubano (Conversatorio)". Este es otro de los trabajos de Pérez de la Riva que hoy aún hoy es punto obligado de referencia de quienes trabajan con la Historia de la nación cubana, su poblamiento y sus particularidades.

Encima de ello, quizás un poco a la manera de Ramiro Guerra, Pérez de la Riva y su compañera, Sarah Fidelzait, otro texto "menor", en el nivel micro, San José del Sumidero. Demografía Social en el Campo Cubano, al menos publicado íntegramente en 1987, pero gestado muchos años antes. Este enseña cómo combinar diversas ciencias y disciplinas, métodos, fuentes y procedimientos, orientaciones historiográficas y científicas en este nivel. Lo que es un gran ejemplo que el libro antes citado de Ramiro Guerra y este de Juan Pérez de la Riva y Sarah Fidelzait, no son tomados como los posibles modelos para el trabajo subregional, conjuntamente con aquellas propuestas de las nuevas -y muchas veces nuevas- tendencias que en esta escala nos presenta la historiografía euro-occidental.

Con mayor éxito transitaron por el área regional y local aquellos estudios que desde fines de la década de 1960

hasta mediados de la de 1990 publicaron las revistas universitarias Islas y Santiago y la revista Del Caribe publicaciones ligeras efectuadas por el extinto Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba, amén de impresos por otras revistas y publicaciones diversas, tanto del ámbito universitario como de otros.

Todas estas recogieron muestras del importante movimiento que se desarrolló en el país en historia regional, destacándose entonces un pequeño pero importante grupo de historiadores regionalistas en torno a la mencionada revista que se convirtió en el centro de este tipo de estudios en Cuba y donde aparecieron las más importantes propuestas metodológicas y científicas de entonces en cuanto a la cuestión regional. Desafortunadamente dicho impulso se ha estancado en el país durante los últimos años y lo que es más de lamentar, no se observan síntomas de renovación, mientras mejor suerte ha tenido el grupo de regionalistas nucleado en torno a Santiago y Del Caribe, ahora en fase de reorganización.

Mientras tanto iban apareciendo tanto en Cuba como en el extranjero nuevas obras de interpretación total o parcial de la historia nacional, que constituyeron y aún constituyen puntos de obligada referencia para el trabajo regional. A manera de ejemplo traigo a colación a ese clásico de la cultura y de la historia de Cuba que es El Ingenio. El complejo económico-social del azúcar, de Manuel Moreno Fraginals.

Publicado en 1964 y reeditado y ampliado en tres tomos en 1978, la obra es esencial para el trabajo regional al menos en los órdenes: **por lo que dice** en cuanto a las regiones plantacionistas del occidente de la isla, es decir, de La Habana y Matanzas; **lo que sugiere** en cuanto a lo que su autor llama como "enclaves" azucareros del resto de la isla, **por lo que muestra** los "enclaves", verdaderas regiones plantacionistas a una escala menor a la habanero-matancera, y **por lo que tampoco** olvida las regiones, como por ejemplo las ganaderas, umbilicalmente atadas a la vida y muerte de la plantación.

Solamente por estas razones -que no son todas- el trabajo regional debe mucho a la obra de Moreno Fraginals. En consecuencia con estos criterios, seguirá concibiendo concientemente a la Historia Nacional como la de la Habana, posición que queda implícita en su enjundiosa conferencia publicada bajo el título "Peculiaridades de la historia de Cuba" (1985). Desde luego, una visión como esta tampoco considera las marcadas diferencias regionales internacionales en el ámbito habanero ya delimitado a mediados del siglo XIX. Tal es el ecumenismo habanero de este gran historiador.

años después de la primera edición de El Ingenio, se permite presentar una cierta argumentación expresa acerca de La Habana como exponente de toda la Historia de Cuba en su libro Cuba/España. España/Cuba. Historia Común, lo del fin del siglo resulta contraproducente.

El trienio 1987-1989 es otro otro gran parteaguas, en este caso trascendental, de la historiografía regional y sustentado por el Proyecto Nacional de Historias Provinciales y Municipales, concebido y comenzado a ejecutarse en casi todo el país a propuestas del Instituto de Historia de Cuba, pero que también debe mucho a la experiencia latinoamericana, en particular a la de México y Venezuela en sus años iniciáticos, y a la de Brasil, Colombia, Argentina y otros países en años más recientes.

Esta experiencia parte tanto de los resultados de los estudios de casos más representativos como de los trabajos de conceptual, metodológico, periodológico y sobre fuentes que han ido permeando, en mayor o menor medida a lo largo de todo el país. Incluso el acercamiento de los regionalistas cubanos a la famosa Escuela de los **Annales** nos viene de la tradición latinoamericano-continental y en menor medida por la europea, salvo excepciones, desde luego. Además, de toda esta muy discreta difusión y promoción universitarias que tuvo esta imprescindible escuela historiográfica entre los cubanos durante varias décadas de la Revolución, fenómeno aún más grave en esa área neurálgica constituida por las Escuelas Superiores Pedagógicas. Obsérvese, para evitar fáciles objeciones, que estoy hablando de **todo** el país, y no solo de las Escuelas Superiores Pedagógicas.

Como toda gran obra, aún en fase conclusiva por otro lado, ésta ha tenido sus errores y desaciertos, pero también sus virtudes y logros, aspectos estos últimos que pesan más que sus resultados negativos y limitaciones, muchas de ellas desde un inicio. En primer lugar, éste ha sido el único proyecto de historia regional y local -y tal es su enfoque- inscrito en un plan nacional, fenómeno único en América Latina y el Caribe. En segundo lugar, el Proyecto a través de sus resultados concretos en cuanto a su adscripción dentro de las más modernas corrientes de la historiografía regional del mundo occidental y de América Latina en particular. En tercer lugar, los resultados aún sin publicar del Proyecto, e incluso referidos a las propuestas de periodización sobre las Historias Provinciales, hacen tambalearse en sus fundamentos la "periodización" al uso de la historia nacional, a la vez que cuestionan fuertemente supuestas "regularidades" con

historiografía "nacional".

Otras tres razones añadiría. En cuarto lugar, al implicar a miles de maestros y profesores de todo el sistema de educación general cubano, así como a otros profesionales de los ministerios de Cultura y de Educación Superior, el Proyecto preparó a miles de profesionales en toda la nación y creó de paso las bases para empeños ulteriores, por ejemplo en la Ciencia Histórica, sino también en el resto de las Ciencias Sociales y hasta en las tareas estatales y de organización. En quinto lugar, bien a su calor o bien como resultado lógico de su obra y de su influjo, surgieron o se revitalizaron decenas de centros y de grupos de investigación regional y local. En sexto lugar, los resultados del Proyecto han incidido en los últimos años a áreas vitales de la vida económico-social de toda la nación, como son las del Turismo y de la Cultura, sólo mencionar dos de ellas.

Desde luego, ha habido errores en la conducción historiográfica en general y metodológica en particular de algunas obras concluidas o en fase de conclusión en la actualidad, tanto en las historias provinciales como en las municipales, sobre todo las últimas. Es indudable que en algunos casos brilla por su ausencia la presencia de las corrientes historiográficas más representativas, mientras que la herencia positivista supérstite asoma muchas veces, tanto por los caminos más conocidos como por los más insospechados vericuetos aunque, desde luego, ello no es privativo de la historiografía local. Por tanto, el nivel empírico del conocimiento ha gravitado de forma parcial y peligrosamente sobre algunas de ellas.

Además, no siempre se logra la relación región-nación e incluso a veces se obvia la relación macro-regional desconociéndose de paso el papel de los centros nodales esenciales de aquellas partes del país que tienen un papel muy acentuado. Estos son muy sensiblemente los casos del centro (Las Villas) y del oriente de la Isla y de sus áreas nodales, Santa Clara y Santiago de Cuba respectivamente.

Pudiera añadirse que el manejo y equilibrio entre las diferentes fuentes consultadas adolece de deficiencias y que las metodologías de trabajo empleadas no presentan aires renovadores sustanciales, que los procedimientos y técnicas del campo son miméticos en cuanto a los de la Ciencia Histórica en general, pese a que existen materiales al respecto que no han sido divulgados.

Muchos otros problemas se podrían señalar. Sin embargo, lo trascendental de este Proyecto y de sus resultados visibles están en el balance que se puede hacer de la historiografía regional y local en Cuba **antes** y **después** claramente favorable a esta área del conocimiento histórico. En cualquier caso la decisión inicial de preparar a tres profesores como investigadores, interesados y necesitados de sus propios resultados para impartir docencia o mejorar el trabajo cultural municipal y provincial, si bien presenta el llamado estigma de la masividad, no alberga ni puebla un elitismo restringido incapaz de enfrentarse a un proyecto que se propuso dar respuestas a la necesidad de escribir historias provinciales y las de ciento sesenta y nueve municipios.

Numerosas son las objeciones a formular y con toda seguridad más serían las críticas a efectuar. Pero hay resultados que se han generalizado en las esferas de la docencia y en general en un mejor conocimiento de su entorno por los habitantes de los más disímiles sitios del país. No obstante, hay un aspecto capital del trabajo regional y local que requiere tratamiento expreso. Si bien se ha avanzado sustancialmente en la cuestión regional y este trabajo necesita continuar adaptándose a las realidades de un pluricentrismo institucional cada vez más vigoroso, existen serias deficiencias en lo que se ha denominado como "local", como un cómodo apéndice del regional que requiere ya de su autonomía.

Se habla en Cuba -como en casi todo el resto de la América Latina- de regiones y localidades, pero se engloba a todas dentro de las primeras. Cierto es que se establece una relación entre unas y otras, pero relación interactiva, en la que las regiones guardan sus propias especificaciones, por lo que sus respectivos campos de estudio demandan atenciones particulares.

De aquí que la ciudad requiera de una atención especial también en Cuba, más allá del que le han prestado los economistas y planificadores urbanos e historiadores del urbanismo y del arte, entre otros. La ciudad requiere de una atención diferenciada en relación con su región circundante, requiere de consideraciones concretas acerca de su realidad particular de los diferentes medios y estructuras económico-sociales en que estas se hallan enclavadas, sensiblemente en cuanto a los servicios, el ganado, el café o la producción diversificada.

Esta atención no puede circunscribirse sólo a las grandes ciudades cubanas. Requieren, sí, de la atención del historiador las grandes ciudades, como lo ha demostrado fehacientemente el último libro de Julio Le Riverend, dedicado precisamente

asunto, La Habana, espacio y vida (1992). Pero también la requieren aquellas ciudades medianas y pequeñas, tan como en Cuba y de otros países latinoamericanos. Incluso la requieren el pequeño asentamiento poblacional, en el límite entre lo rural, como son los "bateyes" de los centrales azucareros e incluso el sistema completo de pequeños asentamientos con sus características y de pequeñísimas ciudades venidas a menos, ruralizadas por la caña de azúcar, todas las cuales gozan de la vida social de dichos centrales. Tan importante es este asunto para la historia urbana en sí como lo es para la historia regional y nacional cubana y la historia de la plantación caribeña, niveles todos en que el azúcar ha tenido y aún tiene un peso importante en la vida social.

**En resumen**, esta es la situación global que presenta la historiografía regional y local cubana en la actualidad. Los moldes en que tradicionalmente se ha ido vaciando el conocimiento de sus regionalistas. Esas son las realidades que el esfuerzo que estos han desplegado en el último decenio. Pero apenas la construcción historiográfica con aspiraciones de ser rigurosa ha variado ni ha querido variar, lo que no quiere decir que no lo haga con la publicación de ese gran esfuerzo regional de llamarlo. Los problemas están ahí, pasmosamente aceptados, a veces a regañadientes, lo importante es entonces presentar nuevos puntos de vista renovadores e incluso atrevidos.